

4279

El Cuento Semanal

**EL TESORO
DEL CASTILLO**

NOVELA POR CARMEN
DE BURGOS SEGUÍ (CO-
LOMBINE) — ILUSTRA-
CIONES DE PEDRERO



30 Cents.

Atiza

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Oficinas: Fuencarral 90 | Madrid
Teléfono 2054
Apartado de Correos núm. 409

AÑO I - 21 JUNIO 1907 - N.º 25

Precios de suscripción:

Madrid y provincias: Trimestre 3,25 pesetas.
Semestre 6 pesetas. Año 11.

Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos

Kiosco de „El Cuento Semanal“

Alcalá 31 (acera de Apolo)

Se admiten suscripciones y anuncios. Se venden números atrasados y colecciones. Cuantos deseen comunicar con esta Revista, pueden dirigirse á nuestro Kiosco.

ADVERTENCIA

A todos los suscriptores de „EL CUENTO SEMANAL“ en Madrid que desean recibir el periódico en provincias durante los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre, se les enviará sin aumento de precio si remiten á la Administración de este periódico las señas de la nueva dirección y el importe anticipado por el tiempo de su ausencia.

Libros y Revistas

Don Quijote en los Alpes, por Alberto Insúa. — Los zapatos han sacudido sobre la albura de la nieve el polvo del yermo castellano, mientras un sol tibio alargaba la silueta archipotente del hidalgo por el flanco de una colina.

El libro de Insúa es un libro de juventud. Algo incoherente y quizás también un poco frío. Pero un libro de escritor, de pensador y de artista. Sus páginas evocan las comarcas azules del Ródano y traen la visión de otras vidas intensas en otras latitudes. En la sensibilidad exquisita de su autor, el viaje por Suiza ha impreso mil sutiles huellas graciosas, magnificadas por el esplendor de una prosa tersa, correctísima.

El mayor interés de la obra radica en las páginas dedicadas al estudio del filósofo ginebrino Enrique Federico Amiel. Insúa, en un feliz ensayo de crítica novelesca, analiza la labor de los críticos, cuenta curiosas anécdotas de antiguos amigos y de deudos del filósofo, y hace pasar la figura de éste con el nimbo de incertidumbre y de bondad que le aureoló en vida y que es perpetua herencia luminosa en las páginas de *El diario íntimo*.

Don Quijote en los Alpes es un buen libro que hace aguaradar de su autor obras transcendentales. **EL CUENTO SEMANAL** felicita al joven escritor.

Estrofas, por Ricardo J. Catarineu. Prólogo de Manuel Bueno. — Imprenta de la *Revista de Archivos*, Madrid.

Hace tiempo que los aficionados á la poesía se preguntaban con curiosidad triste: «Por qué no escribe ya versos Catarineu?» Ahora nos encontramos agradablemente sorprendidos al ver que el poeta, autor inspirado de *Giralditas* y *Los forzados*, vuelve á cantar. Pero su inspiración ha cambiado; su musa, antes arisca y retadora, hogaño es lánguida, triste, perezosa; la inspiración de Catarineu ofrece en este libro un aspecto nuevo; la desilusión y el cansancio de la vida, lentamente, le han cambiado.

A propósito de *Estrofas*, dice Manuel Bueno: «Es un libro de ternura y de melancolía, y en vano rastrearéis por sus páginas la huella del rencor. El poeta, que antes empuñaba el látigo de juvenil, ha llegado á la madurez de la vida con el desencanto del que se ha enterado de la perpetuidad del dolor y de la nada de nuestras protestas».

Por esto mismo el libro es seductor; porque nada hay tan dulce, tan inefable, como aquellos pequeños motivos que nos dan derecho á la melancolía.

El tributo á París, por Luis Bello. — M. Pérez Villavicencio, editor, Madrid.

Componen este libro unos cuarenta artículos, donde el autor fué reflejando las numerosas impresiones que recogió en sus viajes por tierras de Francia y de Bélgica.

Luis Bello es un escritor encantador, un espíritu ágil y comprensivo que oculta, bajo una forma frívola y brincadora, un fondo sólido y grave. El estilo, constelado de ironías sutiles, corre limpio y suelto; en él no se advierten esas vacilaciones, esas crueles torturas que padece el pensamiento cuando no halla las palabras que han de vestirle; y sin embargo, á cada momento, entre el claro-obscuro del verbo impaciente, aparece el pensador, con esa solidez de criterio y esa abundancia generosa de ideas que, sin procurarlo, descubren en seguida los escritores que leyeron mucho y «se hicieron despacio».

La Lectura. — Sumario del número correspondiente al mes de Junio:

«Fernando Brunetiere», por Emilia Pardo Bazán; «La solidaridad catalana», por Antonio Rojo Villanova; «Un libro notable», por Adolfo A. Buyla; «Poesías inéditas de Clarín». Sociología: «Elaboración de una doctrina», por Adolfo Posada; «Crónica americana», por Manuel Ugarte. Libros: *Trompetas de órgano*, por J. Martínez Albacete; *Le romantisme français*, etc., etc.

El Nuevo Mercurio. — El número de esta notable revista, correspondiente al mes de Junio, publica excelentes artículos y poesías de Anatole France, José Santos Chocano, Vargas Vila, José E. Lara, Pierre Jan, Rubén Darío, Andrés González-Blanco, Luis Rodríguez Emibi, etc.

Caucionero de los Amantes de Teruel. — Hemos leído con mucho interés este libro, formado por una colección de quinientos cantares escritos por nuestros poetas contemporáneos más distinguidos, y debido al cronista de la provincia de Teruel D. Domingo Gascón y Guimbao.

Al frente de la obra figura un prólogo, muy bien documentado, de Mariano Miguel de Val.

Tierra sultana, prosas escritas por Leocadio Martín-Ruiz. — Imprenta de Antonio Marzo, Madrid.

Este libro acusa en su autor un poderoso temperamento de artista. Leocadio Martín-Ruiz «ve» muy bien, lo que permitió que muchos de los artículos que figuran en este volumen sean verdaderos cuadritos. El estilo, aunque á ratos (muy pocos), peca de retorcido, es, en general, limpio y elegante. *Tierra sultana* es una obra que, por muchos conceptos, merece ser leída con atención.

Sobre ruinas, por Ramón A. Urbano. — Librería de Fernando Fé, Madrid.

Es una novela muy interesante y por la cual desfilan varios tipos presentados con gran exactitud, colorido y relieve. Es, por tanto, este libro para Ramón A. Urbano, un bonito paso dado hacia la victoria.

Citerea, por Julio M. Cestero. — «Biblioteca Mignón», Madrid.

Componen este volumen varios cuentos hábilmente dialogados y de robusta emotividad.

Teatro, por Mariano Alarcón. — Librería de Pueyo, Madrid.

Esta obra consta de dos volúmenes, de los cuales la falta de espacio nos impide ocuparnos con aquella extensión que sin duda merecen. El primer volumen titúlase *Moisés contemporáneo*, y comprende los dramas *El éxodo*, *En el desierto* y *La tierra de promisión*. El segundo tomo lleva por título *Del dolor al olvido*, y lo forman las obras *Rescatada*, *Rayo de sol* y *La fuerza de la corriente*.

La Voz de Gerona. — Con este título, y bajo la inteligente dirección del distinguido periodista D. José Romero Arana, comenzará á publicarse en Gerona, desde el día primero del próximo mes de Julio, un diario independiente de la tarde.

Deseamos al nuevo colega muchas prosperidades.



R-4279-A

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

(COLOMBINE)



EL TESORO DEL CASTILLO

I

AQUELLA noche de luna había sabido aprovecharla bien el tío Manolo para reunir en su era á los vecinos á desperfollar el enorme montón de mazorcas, resacas por el sol, sin que nadie echara de ver el trabajo con la agradable compañía de la gente moza y la salsa de sus historias de viejo marrullero.

En el centro de la empedrada era se apilaban las panchas envueltas en su sayal de estameña, por el cual aparecían las hebras de una cabellera seca y marchita. Sobre la pila, una gran espuerta de dar el pienso á las vacas iba recibiendo á las que eran despojadas de su ropaje por la turba de chíquillos, hombres y mujeres, que sentados sobre las falfollas, mullidas y crujientes, rompían con pinchos de madera la tosca envoltura, la seda interior guardada bajo ella, y después de separarlas del tallo con rumor suspirante, las arrojaban al aire, rasgado con sus destellos de luz, para ir á caer en la espuerta, donde al chocar las facetas de los granos de oro, producían chasquido de besos y risas de colegialas.

Aquel rasgar ropajes y desnudar mazorcas se verificaba entre la alegre charla y algazara de los mozuelos de ambos sexos, que estallaba con la franca alegría engendrada por la proximidad de la

carne joven, mientras, á un extremo del montón, las gentes formales rodeaban al tío Manolo y oían sus palabras con algo de respetuosa consideración, descuidando un tantico á los muchachos.

Y la verdad es que en aquellos momentos podían descuidarse sin peligro; la luna, demasiado hermosa para ser discreta, les envolvía en la luz vivísima, enemiga del misterio, y tornaba tímidos á los amantes más audaces. El muchacho afortunado que encontraba una mazorca de granos de sangre era el único que de vez en cuando tenía el privilegio de abrazar á las mozas; y si era mujer la agraciada con el hallazgo, golpeaba á los compañeros, descargando mayor número de palos sobre los que le interesaban más, con la hipocresía obligada de la hembra.

El tío Manolo sonreía contento: la gente trabajaba y la enorme espuerta de esparto se iba llenando rápidamente.

— ¡Animo, familia! — dijo sin poder ocultar su alegría —; nos hemos descuidado mucho y temo ver llegar á Septiembre con los fueros que anuncian las *cabanuelas* (1).

— ¿Y cree usted que tendremos buen año de pan y de aceituna? — preguntó un labrador.

(1) Así llaman allí á ciertas señales del cielo, anunciadoras del tiempo en el año futuro.

— Te diré, te diré — repuso con calma reflexiva el viejo —; las señas del cielo no son malas, pero estos años bisiestos suelen ser engañosos como mulas de gitanos. Yo he visto mucho... Una vez en Castilla la Nueva... allá por los tiempos de la Reina...

Cesó el ruido de las falfollas rasgadas y crujieron las que servían de asiento por el movimiento instintivo de los circunstantes para acercarse al tío Manolo, despierta la atención con el anuncio de una de sus historias. Por un momento no se escuchó más ruido que el de la maza de madera que allí cerca volteaba un muchachote moreno, dejándola caer sobre los manojos de esparto cocido puestos sobre la gran piedra viva, para quebrantar á fuerza de golpes su dureza y poder trenzar las labores.

— Cuento usted, cuente usted — exclamaron varias voces.

Pareció agrandar al viejo el interés que demostraban por oírle; irguió el cuerpo, se pasó el dorso de la mano callosa por los agrietados labios, y después de paladear la pastosa saliva se aprestó á principiar su historia.

El tío Manolo, aperador de los condes de Zaldivar, gozaba en todo el campo de Níjar consideración y fama de sabio y de hombre bueno; nadie como él entendía las señas del cielo para predecir el tiempo; sabía un poco de letra, conocía las virtudes de las hierbas, podía entablillar un brazo ó una pierna, poner sanguijuelas y ventosas, y hasta practicar una sangría en caso de necesidad. Pero la debilidad del buen viejo era contar con cierto aire de filósofo aventuras leídas en sus libros, de las cuales se presentaba como héroe, y aprovechaba todas las ocasiones para encajarlas con la indispensable muletilla:

— «Era allá por los tiempos de la Reina...»

El contaba siempre desde la época decisiva de su vida en que sirvió en el ejército; tenía para referir todos los hechos su *era de la Reina*, como los cristianos el nacimiento de Jesús y los árabes la huida de Mahoma.

El tío Manolo era un excelente cuentista; sabía buscar los efectos en su oratoria improvisada, redondeaba los puntos con cierto énfasis y buscaba los latiguillos con el mismo arte que un atildado conferenciante de Ateneo. Aquella noche, para entretener á los vecinos y acabar la tarea, eligió un tema interesante: Los tesoros ocultos en el contorno. El sabía bien todo aquello; allí mismo, bajo las piedras de la era, estaban enterrados los cimientos de una gran fábrica árabe; aquellos campos habían sido una linda ciudad, más hermosa que son ahora Níjar y Almería; pero era una ciudad de *perros moros*, de gentes renegadas que no creían en Dios, y los arrojaron de allí unos buenos reyes católicos, unos príncipes que por acabar con la herejía en sus Estados, no vacilaron en quemar á sus súbditos, arruinar la agricultura, dejar los campos desiertos y la nación empobrecida.

Los moros huyeron, huyeron más allá de los mares, y como los buenos católicos los perseguían con saña y les quitaban las joyas y el dinero, que sin duda no conservaba olor de perro ni judío, dejaban enterrados sus tesoros, su oro y sus piedras preciosas, con la esperanza de volver á recogerlas, ó al menos vengarse, engañando la rapacidad de sus perseguidores.

El tiempo pasó; los moros no habían vuelto, y los tesoros embrujados ocultos bajo la tierra se enredaron en algunas ocasiones á la punta del arado de un campesino, que se vió dueño de fabulosas riquezas y abandonó la comarca, temeroso de que se las reclamara el Estado en nombre de los sucesores de aquellos piadosos reyes católicos.

Mas he aquí que las almas de los moros muertos vagaban en torno de sus tesoros, y algunos, deseosos de comprar con ellos su asiento en la corte celestial, aunque tenían un poco miedo á los santos cristianos, elegían á un trabajador honrado ó á una muchacha guapa para revelarles en sueños el lugar en donde escondieran la fortuna; ellos mismos designaban las personas que habían de ayudarles en la busca. ¡Desdichado del que en tal caso fuese indiscreto! Si revelaba la merced recibida, el tesoro se volvía carbón ó ceniza; más de uno halló las orzas de monedas de oro convertidas en pavesa, por su culpa.

Y el tío Manolo narraba ejemplos á millares en medio de la general atención y del silencio, que sólo interrumpía su yerno, mocetón grueso, de faz rubicunda y afeitada cuidadosamente, como todos los campesinos, que no se permiten llevar pelos en la cara, con constantes exclamaciones de admiración:

— «¡Señores! ¡¡Caballeros!! ¡¡¡Digo!!!»

El tío Manolo se complacía sinceramente en aquel aplauso; sin recordar la manía admirativa del muchacho, que repetía continuamente las mismas palabras aunque de los asuntos más triviales le hablasen.

No sería así el futuro yerno, el novio de Dolores, ya lo veía él; y eso que se llevaba la mejor prenda de la casa; porque la hija casada, Frasquita, era una mujercita anciana á los veinte años, seca y marchita, con el talle sin curvas y el cabello escaso, agotada por la debilidad de un organismo sometido á la esclavitud moruna de la hembra andaluza. Dolores era una muchacha frescota y lozana, de formas redondas y caderas amplias, que traía revueltos con sus desdenes á todos los mozos de las cercanías. Pero la pícara era ambiciosilla, no quería trabajar, tenía humos de señorío, y prefería casarse con aquel vegestorio de Gaspar el molinero, para tener hacienda y bienestar. Las mujeres son el demonio cuando reflexionan y tienen cabecita. Aquella muchacha, que jamás había sentido amores, elegía por marido al ricachón de una manera calculada y fría.

El tío Manolo la dejaba hacer, pero no sería por su consejo por lo que se casara; como hombre práctico, se dolfá de una juventud tan mal empleada; en su prudencia de rústico, se limitaba á callar ó deslizar de vez en cuando una frase insidiosa acerca de la vida de Gaspar, que no era del todo limpia.

Hijo de un labrador del cortijo cercano, Gaspar fué al servicio de la Reina, pero desertó de las





filas para sumarse al ejército del pretendiente. A su vuelta á Rodalquilar hablaba continuamente del *rey legítimo* con tal entusiasmo, que le había valido el sobrenombre de *Don Carlos*. Esto era lo que Manolo no perdonaba á su futuro yerno; él fué buen soldado de la Reina, y aunque le habían dicho que ya no estaba en su palacio de Madrid y que la habían echado de España, la recordaba siempre con las mejillas encarnadas, robusta como moza de molino, del mismo modo que cuando iba á pasar revista á las tropas luciendo en espléndido descote los botones oscuros de los senos.

No, no era santo de su devoción el futuro yerno: viejo, avaro, no pensó jamás que pusiera los ojos en su Dolores; pero la chiquilla supo atraérselo con diabólica habilidad y hacerle romper las relaciones con la *Larga*, una pobre solterona que fué su novia más de veinte años.

El tío Manolo estaba inquieto; la *Larga*, en su enojo, olvidaba la prudencia campesina para amenazar con la venganza; se habían roto las buenas relaciones de cortijo á cortijo; los ganados del conde no encontraban paso fácil cerca de la finca de la rival; todos los días había denuncias por tal ó cual bestia escapada que entraba en los cercanos terrenos, plantados de arbustos y viñas aquel año con la más perversa de las intenciones. La despechada solterona tenía ingenio para inventar diabluras que molestasen á los vecinos.

Mientras contaba sus cuentos el buen hombre, observaba con el rabillo del ojo á la pareja. Dolores estaba sentada sobre un montón de hojarasca como una reina en su trono, fría, inmóvil, serena; la luna daba una palidez azulina á la tez blanca del rostro y á las manos, que se movían perezosas; las largas pestañas espesas marcaban á los ojos, grandes, un círculo de sombra; los cabellos, de un negro intenso, parecían despedir reflejos metálicos, y el pañuelo de Manila se plegaba al talle de es-

cultura con la severa ondulación de un manto. Se veía bien que no escuchaba los cuentos del padre ni los requiebros del prometido.

Y entre tanto seguía resonando, lento y sordo, el golpe de la maza que, volteada por cima de su cabeza, dejaba caer el muchacho moreno sobre el manojito de esparto.

Su voz vibrante rasgó el aire entonando un cantar á intervalos irregulares, entre golpe y golpe, como si sus pulmones de veinte años no sintiesen la fatiga del trabajo:

«Permita Dios de los cielos
que como me matas mueras,
y que te vean mis ojos
querer y que no te quieran.»

La voz metálica, llena, espumante de pasión, vino por un momento á ganar la atención del corro y á interrumpir al narrador.

— Aquí podía estar ese bigardo — gruñó un viejo al tiempo de levantarse; y añadió en voz alta:

— ¡Eh! Juanillo, ven á vaciar esta espuerta.

— Al momento, al momento — repuso alegremente la voz del cantor —; ya he majado tres manojos para hacernos buenas *crinejas* y esparteñas.

Tiró la pesada maza como un juguete, se acercó al corro, cogió un asa de la espuerta y preguntó:

— ¿Quién ayuda? No será usted, tío Pedro, ni tampoco Gaspar; ya no tienen ustedes edad de esto.

Dolores no pudo disimular un gesto de disgusto, en tanto que Gaspar fingía una oportuna distracción ante la frase agresiva del muchacho, y el tío Pedro juraba que él solo tenía más fuerza que todos los mozos del lugar. Para probarlo, asió con ardor juvenil la espuerta y mostró su cuerpo alto, enjuto, con los tendones esculpidos sobre el hueso bajo la piel cobriza y sin jugos, como si fuese

una figura vaciada en bronce. Su cabellera blanca escapaba bajo el pañuelo de hierbas, y su cara curtida le daba el aspecto de un retrato del Greco. No tuvo necesidad de probar su fuerza: los otros mozos del cortijo se apresuraron á quitarle el trabajo, con servilismo que revelaba en el viejo á un poderoso. Se sabía que el tío Pedro era una especie de espía impuesto por el amo, y le contaba hasta los menores descuidos. Todos le odiaban y le temían, con ese miedo que inspira el sentir cerca el aliento de los polizontes; inflexible, rígido, era un absolutista indomable. A todo el que no cumpliera su deber se le debían dar cuatro tiros; justicia seca para todos; nada de piedad; el amo decía, riendo de los excesos de celo del tío Pedro, que dentro del cuerpo de aquel fiel servidor suyo había encarnado el espíritu de Torquemada.

Volvió la espuerta vacía á ocupar su sitio y tornó el tío Manuel á sus consejas; nublitos ligeros como vellones de lana corrían el azul y lo rizaban con sus gasas blancas; algunos velaron la luna entre cendales de encaje, y la atención de los jóvenes se distraía de la narración para suplir con sus miradas y sus aproximaciones las faltas de la luz. Ahora refería el viejo el hallazgo más maravilloso que llegara á sus noticias. Describía con frase pintoresca la cabaña de un pastor en la sierra, un pobre hombre que en compañía de su mujer y tres hijos pasaba crueles inviernos de frío para poder darles un pedazo de pan. Unas cuantas cabras constituían toda su hacienda, y como no tenía terrenos en donde pudieran pacer, iba con ellas buscando los escasos montes comunales que la rapiña de los políticos había dejado en el contorno. La pobre mujer bajaba á vender la leche, la mayor parte de las veces á cambio de pan, harina, frutas ú hortalizas, y con la sobrante se hacían sabrosos quesos, que eran su único regalo.

El verano no se pasaba mal: la hierba era abundante, las frutas estaban baratas y el sol acariciaba las carnes amoratadas por el frío de la estación invernal. Entonces él, la mujer y los chiquillos cogían el cogollo y el esparto y podían ganar unos cuantos duros para las necesidades más perentorias.

Se sentían casi felices cuando sobre la mesilla de madera lucía en el plato vidriado la ensalada de pimientos y tomates, rebosando aceite, y como manjar extraordinario el pesado y moreno pan de trigo de la tierra, que el padre partía en grandes rebanadas con su navajón, oculto siempre entre los pliegues de la faja.

En la ladera del montecillo cercano á la choza lucían los cogollos de la palma, puestos á blanquear bajo los rayos de un sol de llamas; los manojos de esparto se apiñaban en un ángulo del corralón, y en los zarzos de caña se secaban higos y tomates, que la generosidad de las labradoras le daba en abundancia á cambio de los quesos y la leche, en una época en la cual la tierra ofrece óptima sus frutos con la esplendidez de la vida que se desborda en su continua renovación.

Melones, granadas y uvas pendían de las sogas que cruzaban el techo de su choza; las grandes calabazas de dorada corteza coronaban el alero de su tejado, y hasta podían reunir en sus arcones puñados de trigo, de cebada, aceitunas, almendras y harina de maíz.

Entre aquella relativa abundancia el matrimonio olvidaba sus rencillas, se formaban risueños proyectos para cuando se vendiese el cogollo; proyectos algo parecidos á los que abrigan los niños cuando piensan en los objetos que desean, y que valen cuatro reales cada uno y creen comprarlos todos con una sola peseta. Así pasaba el verano con su dulzura de vida primitiva, dando los frutos de la tierra cuanto necesitaban para ser felices: soñando los padres y jugueteando al sol los pequeños.

Pero volvía el invierno, con sus noches frías y sus días sin pan; la mujer maldecía de su mala suerte, y arisca ó huraña, cuando no agresiva, volvía iracunda contra el pobre marido, como si éste fuese culpable de su desdicha. Lloraban los chiquillos pidiendo de comer, y pasaban el día acurrucados cerca del fogón, mordiendo hojas de palmito que el padre les traía, desesperado de su impotencia.

Una noche en que los chicos habían llorado sin consuelo, y en que la mujer le armó camorra por diversos y fútiles motivos, se quedó el padre dormido sobre las pajas que le servían de lecho, y vió en sueños levantarse el techo de la choza á impulso de un viento silencioso. En la oscuridad de la abertura brillaban estrellas y luceros incrustados en el manto de terciopelo negro de un hombre nonagenario, de barba blanquísima, que le decía con voz autoritaria: «Ve á Sevilla, y en el puente de Triana hallarás esto.»

Extendía una varita mágica y le mostraba un arcón lleno de oro y de joyas preciosas; más lejos, la perspectiva de los goces de la riqueza: un salón con estufa; muebles elegantes; mesas opíparas servidas por criados; músicas, festines y alegrías. Su mujer parecía una señora; sus hijos iban vestidos de paño fino, y el viejo le mostraba todo aquel porvenir de alegría, repitiendo: «Ve á Sevilla, y en el puente de Triana hallarás todo esto.»

Cuando la voz agria de la mujer desvaneció el sueño, se levantó tambaleándose como un beodo, y jamás su miseria le pareció tan desconsoladora como aquel día; nunca el aspecto de sus hijitos, con las carnes amoratadas por el frío en sus pobres harapos, le hizo tanto daño al corazón.

Sacó el ganado á pacer y siguió, distraído, sus huellas; regresó á casa como un autómatas; aquella noche volvió á repetirse su sueño, y lo mismo sucedió al día siguiente... y al otro... Aquel viejo era su obsesión: lo veía ya hasta despierto, le seguía á todas partes, y en el viento creía escuchar el acento imperioso que le mandaba ir á Sevilla.



Y un día el pobre hombre no resistió más; cogió su zurrón, metió en él unos mendrugos y un par de pesetas, que escondía la mujerdentro de un calcetín, y por la mañana temprano, sin decir á nadie una palabra, dió un beso en la frente del hijo pequeño, que dormía á su lado y sonrió al sentir la caricia, y escapó camino adelante.

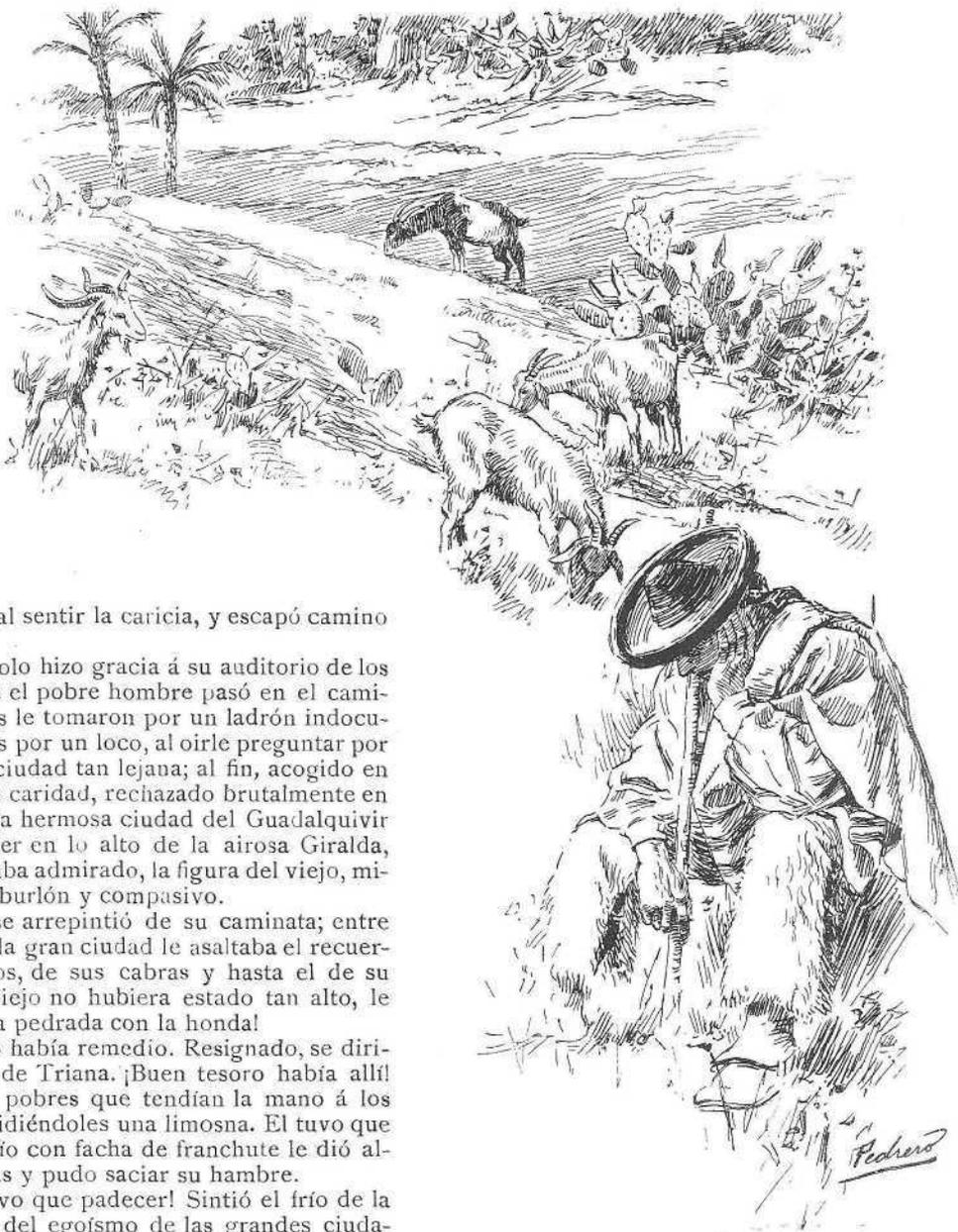
El tío Manolo hizo gracia á su auditorio de los tormentos que el pobre hombre pasó en el camino. Unas veces le tomaron por un ladrón indocumentado; otras por un loco, al oírle preguntar por el camino de ciudad tan lejano; al fin, acogido en unas partes de caridad, rechazado brutalmente en otras, llegó á la hermosa ciudad del Guadalquivir y le pareció ver en lo alto de la airosa Giralda, que contemplaba admirado, la figura del viejo, mirándole entre burlón y compasivo.

Entonces se arrepintió de su caminata; entre el bullicio de la gran ciudad le asaltaba el recuerdo de sus hijos, de sus cabras y hasta el de su mujer. ¡Si el viejo no hubiera estado tan alto, le tira una buena pedrada con la honda!

Pero ya no había remedio. Resignado, se dirigió al puente de Triana. ¡Buen tesoro había allí! Unos cuantos pobres que tendían la mano á los transeuntes, pidiéndoles una limosna. El tuvo que imitarlos; un tío con facha de franchute le dió algunas monedas y pudo saciar su hambre.

¡Cuánto tuvo que padecer! Sintió el frío de la indiferencia y del egoísmo de las grandes ciudades. En sus montañas, todo necesitado que llama á una puerta halla un rincón para dormir y un mendrugo de pan. Allí, el más cruel abandono, la desconfianza en todos los ojos que miraban sus andrajos, la indiferencia de cuantos pasaban á su lado. Se sentía pequeño, solo, perdido en la gran capital; piltrafa desechada por la sociedad al arroyo callejero, que va diariamente á engrosar el río de la miseria, del vicio, del crimen y de las grandes rebeldías.

Cruzaba las calles lujosas con sus tiendas, cafés y escaparates centelleando con miles de luces, sin encontrar un rincón donde dormir. Las largas filas de carruajes le obligaban á detenerse. ¡Cuánta gente! Y todos ocupados en pensamientos propios, sin pensar en las necesidades y en los dolores de los demás. Deslumbrado, aturdido, se internó por un dédalo de callejuelas oscuras, y llegó á una plaza pública, se dejó caer sobre un poyo de piedra y el cansancio cerró sus párpados con



el velo consolador del sueño. Apenas descansaba unos instantes, la mano de una mujer se posó en su hombro y una voz aguarentosa murmuró palabras groseras en su oído.

El había oído contar aquello á algunos viejos que sirvieron en el Ejército, y sentía un miedo terrible de aquellas pobres mujeres.

— Vete — se apresuró á decirle —, vete; yo soy un pobre que no ha comido desde esta mañana ni tiene en donde dormir.

La mujer le miró sorprendida.

— ¿Piensas permanecer aquí? — le preguntó.

— ¡Naturalmente! ¿Dónde he de ir?

— ¡Pero no sabes que te cogerán y te llevarán á la cárcel por vagabundo?

¡A la cárcel! El pobre hombre necesitó muchas explicaciones para comprender que se encierra á los que no tienen pan ni lecho, en vez de procurarles ambas cosas. Y entonces recordó su

choza, lejos del mundo, perdida en sus montañas, y suspiró por su libre pobreza y su ambiente de tranquilidad.

Asustado con la perspectiva de la prisión y los recuerdos de su familia, el pobre hombre rompió á llorar con amargura.

La mujer se conmovió, y llena de piedad se sentó á su lado y escuchó el relato de su desventura. La secreta simpatía de la miseria común les unió.

— Ya sabes lo que yo soy — le dijo ella —; pero eso no te importe. Vente á mi bohardilla. Tú saldrás de día á pedir limosna al puente de Triana; yo saldré de noche á hacer mi ronda; nos iremos arreglando hasta ver si puedes volver de nuevo á tu tierra.

Y aquella noche el pastor durmió sobre un desvencijado diván, al pie del lecho vacío de su extraña protectora.

Al día siguiente volvió á Triana. Los otros mendigos le dirigieron una mirada hostil; resonó entre ellos una especie de gruñido sordo, algo parecido al que modulan los perros cuando otro se aproxima á donde tienen su comida.

Tímido, asustado, se colocó cerca de ellos, el último de todos, y más de una vez dejó de alargar la mano á los transeúntes, avergonzado y confuso, como si usurpara las monedas que le daban á sus compañeros de miseria.

Al medio día pudo llevar unas cuantas monedas á su compañera, que dormía vestida sobre el sucio lecho.

— Poco es esto — le dijo ella —, pero es más de lo que yo he ganado hoy... —Y estiró el cuerpo cansado, barbotando una frase grosera contra sus acompañantes del día anterior.

Reunieron sus miserables monedas de cobre y pudieron comer y cenar.

La misma vida continuó en los días sucesivos; había algunos de abundancia, en los que iban á comer caliente á la taberna ó en los que su compañera ponía sobre la sucia mesa de tablas, sin mantel ni servilletas, sendos pedazos de jamón y jarras rebosantes de vino.

Poco á poco él perdía la cortedad para demandar limosna, y los otros lo admitían como un compañero de oficio. Su espíritu empezaba á encan-

llarse en aquella atmósfera infecta, lejos del aire sano de sus montañas.

Cerca de él se colocaba to-



dos los días un ciego de larga barba blanca y aspecto patriarcal; tenía en el rostro una extraña bondad, un aire de iluminado, y sus ojos sin luz, claros, limpios, miraban con extraña dulzura; parecía que, á falta de retratar lo externo, se reflejaba en sus cristales la luz de un pensamiento tranquilo, sereno, como si fuesen la superficie de un lago que dejase ver el lecho de blanco chinarro y doradas arenas, limpio de fango, por donde manas y susurrantes se deslizasen sus aguas. Era el que recogía más limosna de todos los que en el puente de Triana imploraban la caridad.

— Buena suerte tiene usted, amigo — le dijo nuestro pastor un día que no había caído en sus manos una sola moneda, viendo lleno de calderilla el sombrero del viejo.

— ¡Buena suerte! — contestó el pobre ciego con voz triste —. ¡Buena suerte, tener que pasar la vida mendigando y sin ver el sol! ¡Si yo tuviese vista!...

Y como si sintiera la necesidad de contar á alguien un secreto que le oprimía, le reveló que había soñado con un tesoro maravilloso, cuya revelación le hizo un viejo de barba blanca, vestido de estrellas.

A punto estuvo el pastor de gritarle que no hiciera caso de semejante embustero, conociendo en el retrato al viejo de su sueño; pero el ciego, sin atenderlo, seguía diciendo:

— El tesoro está muy lejos, muy lejos, en la provincia de Almería; ¿cómo ha de ir á buscarlo un pobre ciego?

— ¿En la provincia de Almería?

— Sí; yo no he estado jamás allí, pero el viejo de mi sueño me lo ha explicado todo: á ocho leguas de Almería hay un lugarcito que se llama Rodalquilar; no es siquiera una aldea, es una cortijada perdida entre la garganta de algunas monta-





ñas que se abren en semicírculo á la orilla del mar. Una costa abrupta y salvaje lo defiende por ese lado; sus montañas dificultan la bajada, y la sociedad actual apenas imprimió allí sus huellas. En ese lugarcito, fresco, apartado, bañado por un cielo de luz, hay un suelo de flores bajo el que se ocultan innumerables tesoros, escondidos por los árabes al abandonar á España. Es una tierra semiafricana, límite de Europa; desde sus montañas, cercanas al mar, el sol naciente deja dibujarse entre la bruma las costas de Orán y de la Argelia. Pues bien; allí cerca, en una de las últimas estribaciones que desde el soberbio Muley Hacén se extienden de Granada al Cabo de Gata en la cordillera de Sierra Nevada, está el cerro del Cinto, y allí, en una pobre choza de pastores, el tesoro más grande que guarda la tierra.

Mudo, respirando apenas, oyó el pastor describir su casa, su familia y su ganado; era en el ángulo izquierdo del corral, en donde dormía su cabra negra: allí estaba oculta la riqueza.

Al día siguiente los compañeros de miseria no le vieron llegar. Empezó con las mismas fatigas de la ida el viaje de vuelta.

Al verlo aparecer, los hijos y la mujer huyeron de él haciendo la señal de la cruz y formularon asustados las palabras con que aquellas gentes supersticiosas conjuran á los aparecidos: «De parte de Dios te digo que me digas quién eres y qué

quieres, si eres alma del otro mundo y estás penando.» Trabajo y no poco le costó convencer á su familia, que le había creído muerto, de la realidad de su existencia, y librarse de las explicaciones que deseaban.

Impaciente esperaba el alba para correr en busca de su fortuna.

A las primeras claras del día, mientras todos reposaban á su alrededor, se levantó cauteloso, cogió el pico y salió al corral. No dudó un momento del sitio preciso en donde se hallaba la riqueza. ¡Con tal precisión lo describiera el ciego! Empezó el trabajo con afán, con ardor; la tierra, blanda, era fácil de remover; á los pocos instantes el pico tropezó con un objeto duro: apareció un enorme arcón; al saltar la tapa, el sol, que lanzaba sus primeros rayos, quebrados en las nubes como las varillas de un gigantesco abanico de nácar policroma, hizo brillar el oro y las piedras preciosas, reflejándose en sus facetas con todos los colores del iris.

¡Era verdad! ¡Allí estaba el tesoro! Y la pobre familia, arrodillada momentos después en torno del arcón, como adoradores del becerro de oro, removían atónitos, metiendo los brazos hasta el codo, el montón de monedas y de piedras, que chocaban con ritmo cadencioso y cristalino.

Y los pastores dejaron la cabaña, se fueron á la ciudad y se convirtieron en señorones; pero lo más curioso del caso es — añadía el tío Manolo — que el pastor y su familia jamás le han perdonado

al viejo hacerle ir sin necesidad á Sevilla, cuando de una vez podía haberlo dicho todo.

Rieron las mujeres de la salida, y una dijo sentenciosamente:

— Eso lo haría el viejo para que el ciego de Triana tuviese también su parte.

— ¿Se la daría el pastor? — preguntó con candor una niña.

— Los que se enriquecen no son jamás agradecidos — contestó el tío Manuel —, y lo probable es que el ciego haya muerto extendiendo la mano para implorar un pedazo de pan.

— ¡Pero eso es una infamia! — exclamó la muchacha, con la impetuosa generosidad de todo corazón sano capaz del dolor de la injusticia —. No puede ser verdad.

Sintió herido su amor propio de narrador el tío Manuel. ¿Que no podía ser verdad? ¡Pues no era el primer ejemplo de ingratitud y codicia! Y para legitimar sus fábulas con la Historia, empezó á referir el origen de la riqueza del señor de Frayle: provenía de un tesoro, sí; nada más que de un tesoro, pero mal ganado; un mozo de labranza que lo soñó dentro del corral de la casa y que fué despojado de él en el momento de sacarlo. ¡Aquel dinero sí que debía haberse vuelto ceniza! El pobre criado pedía limosna de caserío en caserío, mientras los otros compraron fincas y se hicieron señores y políticos en la ciudad.

Una risa nerviosa, fresca y cristalina, vino esta vez á interrumpir la narración. Salía de un grupo de muchachas, entre las cuales se había sentado Juanillo; una nube velaba en aquel momento la luna, y el cuerpo de la reidora se movía convulsivo, como si tratase de disimular cosquillas. Cuando pasó el momentáneo eclipse, Juanillo estaba ocupado en buscar un pincho para limpiar mazorcas, y Petrilla, una graciosa moreneta de quince años, esquivaba las miradas de todos, con los colores de la cereza madura en las mejillas.

Algunas chanzas salieron de labios de las mozas contra las travesuras del revoltoso muchacho; defendióse él con garbo, acusando á las muchachas que le provocaban con sus gracias; protestaron ellas, y en alegre tumulto se cruzaron gracias palabras y disputas.

Todos hablaban y reían á un tiempo; algunos pedían la guitarra y que se suspendiera el trabajo para bailar á la luz de la luna; otros aprovechaban la distracción para buscar en la espuerta las mazorcas encarnadas y dar la vuelta al corro abra-

zando á las muchachas, que pagaban con golpes su ruda galantería.

La juventud recobraba su imperio, y la alegría contenida largo tiempo estallaba al fin en un raudal de notas bulliciosas; Juanillo era de los que más animaban con su decir regocijado. Caían pocas mazorcas en la espuerta, y cada vez se escuchaba más de tarde en tarde el sonoro chasquido de sus golpes. Sólo Dolores permanecía indiferente á todo, inmóvil, fría; había algo en su actitud que he-

laba la confianza; ni las charizas ni las bromas llegaban hasta ella, como si su espíritu estuviese lejos de allí.

Gaspar, molesto de la alegría general, hacía coro al tío Pedro en renegar de los juegos de los mozos, después de haber intentado seguirlos en ellos.

Dió al fin permiso el tío Manuel para echar una coplita; empuñó un mozo la guitarra, que Juanillo trajo en dos saltos del cortijo, y las notas resonaron suaves y cadenciosas, con esa dulce tristeza que recuerda el alma árabe en los cantos andaluces.

Salió la pareja airosa de Petra y Juanillo al centro del nuevo corro formado por los jóvenes; rasgaron el aire los ecos apasionados de una copla de fandango, brotando de la garganta como espuma de pasión que estalla en los labios.

Enarcó la mozueta los redondos brazos sobre la airosa cabecita de negros rizos, y su cuerpo flexible se doblaba, ora á un lado, ora á otro, con graciosa curvatura.

Los menudos pies dibujaban arabescos sobre el traspol de la era; los ojos de luz, entornados en suave desmayo; los labios, entreabiertos, parecían beber la vida y buscar algo desconocido oculto en el azul.

Enmarañado el cabello, suelta la faja, abierta la camisa y desnudos los pies, Juanillo bailaba con sencilla gravedad, seguía el ritmo de su compañera; pero en sus movimientos, ágiles y graciosos, había algo de severa y varonil dignidad que despojaba la danza de esa dulzura almibarada ó grotesca que suele repugnar en las contorsiones de todo bailarín.

A Petrilla sucedió otra muchacha, que repitió las figuras ó mudanzas del fandango, diferentes en apariencia para cada una por la originalidad de los movimientos y el sello que le imprimieran.

Los espectadores, enardecidos ya con su diversión favorita, jaleaban á los bailarines, impidiendo á las muchachas dejar la danza por la precipitación con que empezaban copla nueva, sa-



biendo que el código de la cortesía impide á las jóvenes dejar el baile si hay una copla empezada.

A veces dos coplas salían al mismo tiempo de diversos lados del corro, y la letra, distinta, se armonizaba por la cadencia de las mismas notas, cantadas en voces diferentes de un modo tan extraño, que parecían chocar y cruzarse, sin llegar jamás á confundirse las ondas sonoras.

Todos querían cantar ó hacer algo para merecer el premio del abrazo obligado que da la moza que deja el baile al *tocaor* y los *cantaores*.

— ¡Dígale *osté* algo á ese lucero, buen mozo! — decía de pronto un muchacho con todo el énfasis posible.

— Una rosa — contestaba galante el bailaror.

— Gracias, amigo — replicaba ufano el demandante.

A veces no se satisfacían con tan poca cosa, y uno exclamaba:

— Diga *osté* á esa niña tres cosas.

— Clavel, clavellina y rosa.

— Dígalas *osté* al revés.

— Rosa, clavellina y clavel.

— Dígalas al derecho.

— Un ramo contrahecho.

El demandante tiraba al aire su sombrero dando las gracias, y al empezar el baile otra mozueta se repetía el mismo diálogo, sin cambiar palabra, como hecho á propósito para complacer á todos. Sudaba Juanillo, cansado de tanto bailar, á las cincuenta coplas, cuando al salir una jovencita rubia, de mirada dulce, otro mozo se le cruzó por delante, demandando con arrogancia:

— ¿Hace usted el favor, amigo?

— Con mil amores — contestó el muchacho; y se retiró á un lado limpiándose el sudor del rostro con el pañuelo que le alargó una moza, mientras la feliz pareja de novios bailaba, ufana de que todos les mirasen unidos siempre.

Las castañuelas habían surgido como por encanto de todos los bolsillos, y su ruido acompasado se extendía en el silencio de la brisa inmóvil por todo el contorno.

La madre de Petrilla fué la encargada de acabar con la diversión.

— Debe ser muy tarde, vecino — dijo dirigiéndose al tío Manolo —; ya asoman las *cabrillas* y mañana hay que trabajar.

Los viejos, que no tenían las mismas razones de regocijo que animaban á los muchachos, acogieron con gozo la indicación, y sin escuchar las protestas de los que pedían que bailasen todas las jóvenes, ó siquiera una alta y delgadita sentada sobre las rodillas de otra amiga que le arreglaba el pico del pañuelo de talle para salir al baile, se levantaron y corrieron por todo el ruedo exclamando:

— ¡Roque! ¡Roque! ¡Roque! ¿Ha venido Roque?

Frase sacramental para deshacer toda reunión.

Fué preciso resignarse. Cesó el rasgueo de la guitarra, chocaron como en un sollozo las hojas de las castañuelas al volver á sepultarse en las faltriqueras de lana ocultas bajo las faldas de las mozas, y éstas rodearon á Dolores para despedirse, mientras los hombres estrechaban la mano de Manolo y las madres despertaban á los chiquillos.

Poco después la alegre compañía se alejó en-

tre risas y algazara por el camino que serpenteaba destacándose, con su blancura polvorienta de tierra pisoteada, sobre el fondo oscuro de los bancales labrados, el verde tierno de los sembrados tempranos y los rastrojos de segados maizales.

La gente de la casa se dirigió al cortijo: contento el tío Manolo, rezongando de la gente joven el tío Pedro, silenciosos y cansados los mozos y las mujeres, pensativo Juanillo, distraída Dolores, perdida la mirada vaga de sus ojos grandes y negros en las sombras lejanas de la noche.

II

El pesado portalón de madera, reforzado de gruesos barrotes y claveteado de chapas de cobre del tamaño de piezas de dos cuartos, rechinó bajo la presión de las espaldas del mozo que lo empujaba y franqueó la entrada de la gran cocina, primera pieza de la casa.

Dos naves sostenidas por un gran arco, en cuyo centro se veía enorme argolla de hierro, servían á la vez de zaguán, sala de recibo, cocina y dormitorio de invierno. Cuidadosamente enjalbegada, la primera nave tenía por todo mueblaje sillas de madera sin pintar, con anchos asientos de cuerdas de esparto entrecruzadas. La segunda nave formaba contraste con ésta, hasta el punto de parecer dos diferentes piezas; las paredes, ennegrecidas por el humo del gran fogón, situado en uno de los extremos, con su ancha chimenea de campana, en cuyo alero se amontonaban ollas y cazuelas de barro, enfundadas de humo y hollín por el continuo uso; más lejos la cantarera de yeso sostenía cuatro panzudos cántaros de barro cocido; cerca de ella el jarrero con sus jarras de cuatro picos y el botijo de piporro, rezumante de agua fresca y cristalina para cuantos sintiesen necesidad de beber al pasar cerca de la cortijada. La pared desaparecía bajo la multitud de botellas, tapaderas de barro, vasijas de cobre y cacharros de todas clases.

En el fondo el vasar de arco empotrado en la pared parecía un altarito, resplandeciente de fuentes, tazas y platos de loza vidriada, con ramajes y arabescos azules y verdes. Dos blanquísimas toallas de enrejado fleco pendían cerca del jarrero, y colgadas aquí y allá ramas de naranjo, mazorcas de maíz, calabacines de corteza verrugosa, estampas, jarras agujereadas con tallos de albahaca, y mil bagatelas que demostraban la presencia de una mujer coqueta; lo que no impedía ver en uno de los ángulos, que ocultaba el enorme portón, la pila de manojos de esparto, labores comenzadas y aparajos de las bestias.

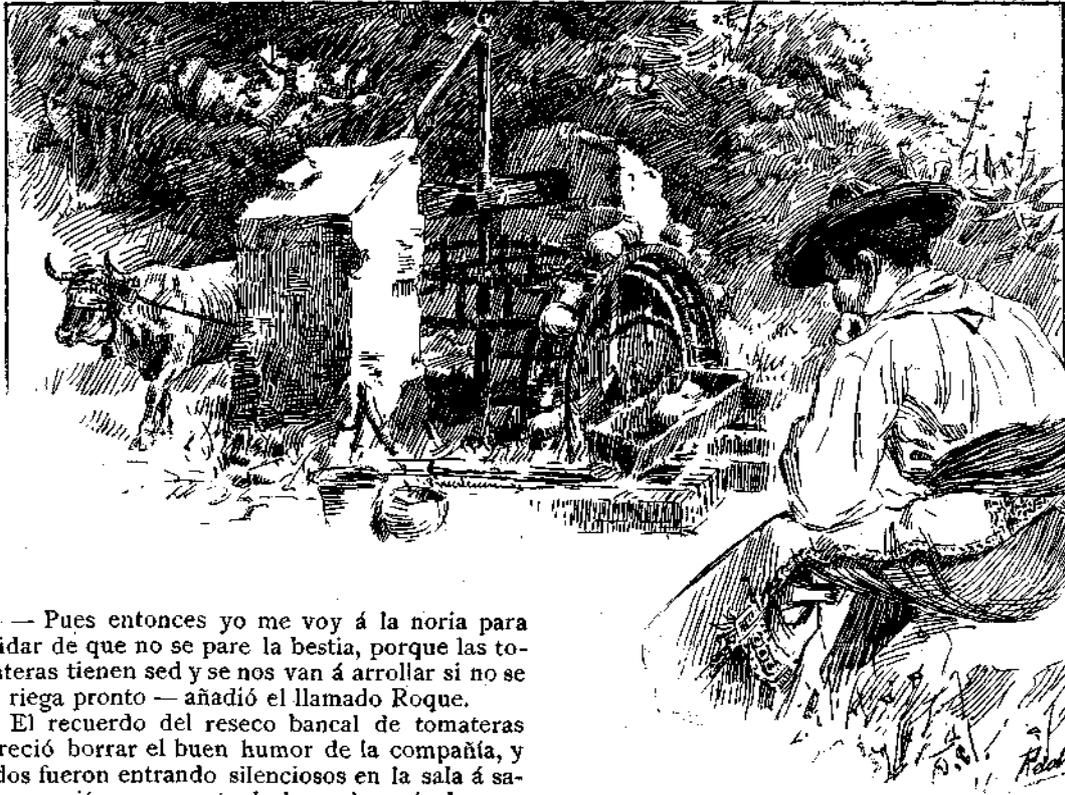
La débil luz del candil de aceite osciló envuelta en humo, y las figuras del grupo, perdido en la inmensa nave de la cocina, se agrandaron, esfumándose en la sombra con fantásticas proporciones.

— ¿A quién le toca velar hoy la noria? — preguntó el tío Manuel.

— A Roque y á Juan — repuso el tío Pedro.

— ¿Le saco á usted la cabecera, padre? — interrogó la mujer de Frasquito.

— No; nosotros nos marchamos á la era, que no es tiempo de dormir bajo techado como las mujeres — repuso el tío Manolo.



— Pues entonces yo me voy á la noria para cuidar de que no se pare la bestia, porque las tomateras tienen sed y se nos van á arrollar si no se las riega pronto — añadió el llamado Roque.

El recuerdo del reseo bancal de tomateras pareció borrar el buen humor de la compañía, y todos fueron entrando silenciosos en la sala á sacar su cojín y su manta de lana, después de apagar el último cigarrillo, para irse á dormir á la era, los riciales ó la noria.

Sólo las dos mujeres y Frasquito entraron en la única habitación de la casa destinada á las personas.

Menos cuidada que cuadras y corrales, no tenía más luz que la que entraba por un pequeño ventanillo, cuyo postigo sujetaba abierto una gran piedra, con objeto de ver entrar, para levantarse, los primeros resplandores del día. La puerta de comunicación con la cuadra estaba cerca de la cabecera del lecho conyugal, especie de tablado altísimo, á donde tenía que subirse la pareja gateando por la espalda de la silla, y que ocultaba bajo su colcha blanca y su delantera de cretona rameada un verdadero almacén de cuerdas, sogas, espuelas, semillas y trapajos.

Una cortina dividía en dos la estancia, y cerca de ella tendió la cabecera y las sábanas Dolores, sin preocuparse gran cosa de la proximidad del lecho conyugal de su hermana y su cuñado, único hombre que, en su calidad de aperador y casado podía dormir en la casa, si bien no había de desnudarse más que de faja y esparteñas, pronto siempre á acudir á donde fuera preciso, y á dar el pienso de media noche á las bestias, si la mujer no se levantaba con el servilismo de la hembra para acudir á este trabajo.

A la media hora reinaba el más profundo silencio en el cortijo; todos los trabajadores, fatigados por las tareas del día, se entregaban al descanso.

Dolores no se había acostado; permanecía sentada sobre su cabecera, absorta en sus pensamientos, inactiva, muda é inmóvil. Aquella noche el novio, encendido por el ambiente otoñal, había

estado más insinuante: la boda sería pronto, y la ambiciosa joven, halagada con la perspectiva de las compras y fiestas de su casamiento, sentía la rebeldía de la carne virgen, la repugnancia á entregarse á un hombre incapaz de despertar el amor.

Sus palabras de pasión, escuchadas por vez primera, zumbaban como latigazos en sus oídos; sus labios temblaban estremecidos al pensar en la boca que sobre ellos había de posarse, y por primera vez la idea de la comunidad en el lecho allí cercano, donde dormían su cuñado y su hermana, despertaba su atención de un modo penoso.

La luna, bajando en el horizonte, entraba con claridad de sol por el entreabierto postigo, y sus rayos vinieron á caer en el espejo, sujeto á un clavo cerca del jergón.

La muchacha vió su imagen retratada en el cristal. Con el corpiño desabrochado, el cabello suelto, los brazos desnudos, era la imagen de la naturaleza femenina espléndida, exuberante de vida y de pasión. Los ojos brillaban en la semi-obscuridad con los resplandores encendidos por los deseos ignotos; hubo un instante en que no se conoció á sí misma, y tuvo miedo. De la otra parte de la pared se escuchaba el patear de las bestias amarradas á los pesebres, y tal cual balido ó cacareo que salía de los corrales, y cerca de la cortina el débil rumor de dos cuerpos estrechándose con toda la fría prudencia de marido y mujer que están condenados á dormir siempre bajo la misma sábana.

Dolores sintió un miedo vago; las historias fantásticas de su padre acudían á su mente; aquellos ruidos que le habían sido hasta entonces familia-

res, la torturaban; su imagen parecía hablarle con imperio de una mujer rival que le reclamase derechos de amor y de vida; por un momento se impuso á todo el terror que siente la gente campesina de mirarse de noche al espejo, donde espera ver serpientes y visiones; sin darse cuenta de lo que hacía, recogió la revuelta falda, huyó de allí y salió á la cocina.

La puerta estaba abierta; en el tramo de piedra un hombre sentado, con la espalda apoyada contra el quicio, fumaba tranquilamente un cigarrillo. Dolores se detuvo indecisa, y una voz amiga vino á disipar su miedo.

— Soy yo, Dolores. Te esperaba.

¡Ah! ¡Era Juanillo! Por un momento su carácter dominador recobró el imperio, y completamente tranquila se acercó, diciéndole:

— ¿Que me esperabas á mí?

— Sí — repuso él, levantándose, y con voz apasionada —: sí, te esperaba, porque te espero siempre; porque tengo una voz dentro de mí que me dice: *espérala*.

Dolores sonrió á pesar suyo; la figura esbelta del muchacho, alto, delgado, de cabellos castaños y ardientes ojos, se destacaba envuelta en luz sobre el fondo del campo; Dolores se acordó de la mujer del espejo, vista un momento antes, y le pareció bello como ella, con su camisa blanca, el chaleco oscuro, la faja color de sangre y la revuelta cabellera espesa. Su orgullo no encontró fuerzas para defenderse.

— Pues yo misma no sabía que iba á salir... Sentí sed.

— No; es que te llamé yo con todas las ansias con que pensaba en ti; pero tú no pensabas en mí, te has asustado al verme.

— Creí que fuera otro...

— ¿Tu novio, acaso?

— No...

— Claro que no; el pobre no tiene edad de velar ni de que le quite el sueño una mujer, aunque seas tú.

Ella hizo un movimiento de contrariedad para retirarse. El le cogió la mano.

— Escucha, Dolores: tú no me quieres, lo sé; no quieres á nadie, porque eres demasiado hermosa y el querer te habló por tantas bocas, que no te dejó oír á ningún corazón.

El orgullo de Dolores revoloteó, vencido por la lisonja del muchacho.

— Tú — prosiguió él, animándose — no quieres tampoco á *Don Carlos*; pero él tiene dinero, y yo me hago el cargo de todo...; no es justo que te cases con un pobrete, y que el sol y los trabajos te quiten los colores de la cara y la hermosura de tu cuerpo...

Dolores bajó la cabeza; el diablo del chico parecía leer en su alma: ¡jamás le había sospechado así!

— Si te casaras conmigo serías más feliz que con él; yo no te daría dinero, pero te daría cariño, muchísimo cariño; yo trabajaría para ti y no te estropearías nunca, porque te vería hermosa siempre.

Un gesto de disgusto de Dolores heló las palabras en sus labios. La orgullosa muchacha iba á protestar, sacudiendo el encanto; le miró frente á frente un momento.

Los ojos de Juanillo irradiaban luz; estaba tan hermoso, que la palabra altiva se cambió en una sonrisa dulce.

— Escucha — siguió él —: tú me tendrías que



Feloso

querer, porque yo sería bueno, porque yo soy joven, porque yo soy fuerte y porque yo, si tú quieres, seré rico, muy rico para ti.

— ¿Cómo? — preguntó involuntariamente la ambición, que había hecho presa en su alma.

— Yo he soñado un tesoro... — dijo él, acercándose con misterio.

— ¿Un tesoro?

— Sí, y lo he soñado contigo.

— ¡Bah! — murmuró ella con despecho, pensando en un ardid del muchacho.

— Sí, contigo — continuó él —. ¿Cómo no? Si sueño contigo cuando lloro porque no me quieres, y cuando me creo dichoso con tu cariño, ¿cómo no había de soñar contigo para buscar riquezas, que quiero sólo para tí? Porque yo, Dolores mía, sería rico sin dinero si tú me quisieras.

— Cuenta, cuenta...

— No te burles, Dolores; más de una noche de estas en que todos os reís de la alegría de Juanillo; más de una de estas veces en que me ves tranquilo mientras tú hablas con Gaspar; luego, al acostarme, escondo la cabeza contra el cojín, y allí solito lo muerdo, para que no salgan á gritos las lágrimas que me ahogan.

Un movimiento de simpática piedad pareció acercar al joven el cuerpo de la muchacha.

— Así — prosiguió él — me he quedado dormido muchas veces, y así he soñado tres noches el tesoro.

— ¿Contigo?

— Sí, contigo. En una noche de luna te acercabas al lado mío y me oías, piadosa y sonriente, hablarte de mi cariño. Era una noche en que tú me buscabas sin saberlo, porque experimentabas miedo y asco de sentir en tus labios un beso...

— ¡Calla!

— Sí, es mejor callar.

— No, sigue.

— Te ofenderé...

— No, no; sigue.

— Me dejaste ver tu corazón, y yo quise ser rico para llegar á él. Un viejo muy viejo, se me apareció y me dijo: «Venid los dos...» Y los dos le seguimos...

— ¿A dónde? — preguntó ella alentando, pendiente de los labios de su compañero.

— Al castillo de la playa.

— ¡Al castillo de la playa!

— Sí, subimos la rampa y entramos en el patio; cruzamos la plataforma hasta llegar á la capilla.

— ¿Y qué pasó?

— Cerca del altar, en la tercera losa, donde la tradición cuenta que estaba enterrada la condesa, hay una señal blanca y roja; debajo un agujero que suena á hueco; en aquel muro, detrás de la losa, un cajón de collares, de brazaletes y de ajorcas de oro y perlas para tí y una orza de monedas de oro para los dos...

— ¡Qué sueño!

— Y los dos fuimos y sacamos el tesoro.

— ¿Y por qué no me has dicho antes ese sueño?

— Pensé que te reirías de él.

— No; yo creo en eso como mi padre, y ya sabes que no es el primer tesoro encontrado en el contorno.

— ¿Pero serías capaz de venir conmigo sin miedo?

Dolores vaciló.

— ¡Miedo! Sí, tengo alguno; pero como voy contigo... Y susurró apenas en su oído: — es menos sacrificio que casarme...

— ¡Ay! Dolores. No me vuelvas loco de felicidad. Yo sé bien que no me quieres, que no me querrás nunca; pero sería menos desgraciado si te casaras con otro que no fuera Gaspar.

— ¿Por qué?

— Porque tú serías feliz; porque tú no piensas que en la vida hay algo más que ser rica para ser dichosa. Ahora te crees que siempre será igual y que todas las satisfacciones son tener dinero, para que en los días de fiesta rabien las mujeres, te quieran los hombres y digan todos: «Dolores es la más rica y la más guapa del contorno...» Pero toda la vida no es esa, hay otra cosa más honda; es menester que esos pañuelos de Manila y esos adornos te los quite del cuerpo un hombre que tú quieras, y que te ciña con sus brazos, y que te enloquezca con sus besos, para que se diga: «Dolores es la mujer más querida de la tierra.»

— ¡Basta!...

— ¡Te ofendo!... Ya te lo había dicho; es todo inútil; tú verás esto cuando no tenga remedio, cuando pienses con dolor en la juventud perdida, cuando... adiós, Dolores, me toca este cuarto de velar la noria y está allí el tío Pedro para enterarse de todo.

— Adiós...; pero, oye, ¿por qué no buscas tú el tesoro?

— Porque lo he soñado contigo y no yendo tú sería inútil.

— ¿Se lo has dicho á alguien?

— No.

— ¿Te has cerciorado de que existen la piedra y la señal?

— Sí, he estado allí y he visto la losa de mi sueño... Sueño sólo, Dolores; yo soy un pobre muchacho que se crió de limosna y que no sabe más que trabajar y quererte. No soy nadie para tí. Adiós; ya al menos te he dicho cuánto te quiero, ya lo sabes; y esa idea me dará fuerzas para pasar así toda la vida, trabajando y queriéndote.

Ella le retuvo por el brazo.

— Mira, Juanillo, no digas eso, me das pena; si yo pudiera querer á alguien te querría á tí, pero tienes razón... Todo es inútil.

— ¿Qué has dicho, Dolores? ¿Que tú serías capaz de quererme? Repítelo, repítelo por caridad; déjame que guarde en este momento felicidad bastante para alimentar toda mi vida.

— Sí, te querría... pero... ¡Piensa lo que te parezca! ¡Me asusta la pobreza! Mi padre no es rico.

— Tienes razón. Buenas noches, Dolores...

El joven se alejó en dirección á la noria, y Dolores, como atraída por una fuerza irresistible, siguió sus pasos.

— Juanillo, Juan — llamó con voz queda y de inflexión suplicante.

— ¿Qué deseas?

— Vamos á ir mañana á buscar el tesoro.

— ¿De veras?

— Sí.

— ¡Bendita seas, Dolores!



—¿Estás seguro de que lo encontraremos?

—Sí, lo encontraremos, y allí mismo pondré los collares de perlas de la reina mora en tu garganta y los brillantes en tus orejas. ¡Qué hermosa vas á estar!

—¡Calla!

—Y tú me querrás entonces, Dolores, ¿verdad? ¡Dímelo, dímelo por caridad! ¿No ves que me estoy muriendo?

Juan había dejado la manta á un lado, y arrodillado delante de Dolores,

retenía una de sus manos junto al pecho.

—Sí; te querré...

El joven dejó caer la cabeza como si no pudiera soportar el peso de la idea de su felicidad, y llevó á sus labios las puntas de los dedos sonrosados de la muchacha, mordéndolos con dulzura.

Una corriente de fuego circuló como lava candente por su cuerpo escultural.

Una revelación de los deseos dormidos hasta entonces encendió sus ojos, y su naturaleza virgen se agitó estremecida y próxima á desvanecerse.

A los ojos de los dos amantes se borraba la existencia de un mundo real; luz, armonía y colores externos se nublaban; un mundo interior donde sólo ellos existían, les inundó de otra luz, otras armonías y otros colores desconocidos. El momento de avasalladora felicidad que les haría marcar de la creación...

Un ruido de leves pasos resonó á sus espaldas; ambos se volvieron asustados, y entre las brumas del sueño desvanecido creyeron ver una sombra volver la esquina de la casa.

—¿Nos habrán oído? — preguntó ella sobresaltada.

Juanillo la abandonó un momento y corrió á inspeccionar los alrededores, volviendo á los pocos instantes.

—No era nadie — dijo.

—¿Sería el viejo del tesoro? — preguntó ella con superticiosa sencillez.

—¡Quizás!

Ella se alejó lentamente hacia la casa. El la siguió hasta el dintel.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Vendrás mañana?

—Sí, á la hora de hoy.

Y esta vez fué ella la que le tendió la mano para despedida.

Media hora más tarde Dolores se dormía mecida por sueños de amor en su revuelta cama. Sobre los labios de grana conservaba los sonrosados dedos, que había besado antes de dormirse, buscando las huellas de otro beso. Por el entreabierto postigo entraba la claridad rosada de la aurora.

III

Ningún domingo había estado Dolores más perezosa y displicente. Siguiendo la costumbre de las mozas de Rodalquilar, que sacan el domingo del fondo del arca el pañuelo de crespón del talle, se ponen los trajecitos y los zapatos nuevos, se adornan con sus collares de cuentas y las grandes rosas de papel con hojas de talco á los dos lados del moño, aunque no tengan que ir á ninguna parte ni nadie haya de verlas, se había engalanado, y sentada cerca del fuego permanecía muda y silenciosa, mientras Frasquita, en cuclillas en un ángulo de la cocina, fregaba el perol y las cucharas de la cena en un gran barreño de barro, y parecía mirar á su hermana con curiosa inquietud.

—Algo te pasa hoy, Dolores — dijo, después de tirar el agua desde la puerta y colocar el perol en el alero de la chimenea.

Y como la joven no contestara, añadió insinuante:

—Vamos, ¿qué te sucede? ¿Has reñido con Gaspar?

Un encogimiento de hombros demostró con más elocuencia que las palabras el desdén que le inspiraba el prometido.

—Y si no le quieres, ¿para qué te casas con él? — repuso la hermana al gesto expresivo.

—Porque ya estoy comprometida y no puedo hacer otra cosa.

—¡Comprometida! ¡Pero si en el mismo altar podemos decir que no!

—Tú no piensas en el escándalo, en lo que dirían todos cuantos lo supieran.

—Dirían que habías tenido razón; que tú te mereces un muchacho que te quiera y no un vejstorio como Gaspar.

—Pero, ¿y los regalos?

—¡Anda! Pues con poco gusto que los devolvería padre. No es *Don Carlos* tampoco santo de su devoción; pero como tú no dejas que nadie te dé un consejo...

El recuerdo no fué oportuno; el orgullo olvidado renació en el pecho de la altiwa muchacha, que puso fin á la conversación con una frase:

—No los necesito; ya sé yo lo que me conviene hacer.

Frasquita dudó un momento, y se alejó de su hermana tristemente.

Dolores quedó sola. En su cabecita bullían mil encontradas ideas. La caricia de Juanillo quemaba aún su sangre y la alejaba de Gaspar, cuya figura se le aparecía como un recuerdo penoso. Parecía tener con ella un sueño de amores, la visión de luz de una casita enjalbegada, donde corrían á su lado unos angelillos con alas, que tenían su rostro y el de Juan. Pero la idea del molino, con la gran sala, los muebles de nogal, las arcas llenas de ropa, las joyas y los criados borraban la visión.

¡La gente! Qué dirían todos los que la vieran deshacer un matrimonio ventajoso para casarse

con un criado de su casa, con un pobretón como Juanillo... Tendría que devolver sus mantones, sus adornos, aquellos regalos que eran la envidia de las muchachas. Gaspar se los llevaría á otra, quizás á la *Larga*, y dirían que él la había abandonado y que en su despecho elegía al mozo de labranza de su padre... No, no; de ninguna manera; ella sería la mujer de Gaspar... ¡Pero si se encontrara el tesoro! Entonces sí que podría realizar sus sueños. ¡Cómo deseaba que llegase la noche para tentar fortuna!

Poco á poco la gente del cortijo fué acudiendo á cenar; Gaspar venía entre ellos; jamás Dolores le encontró más antipático.

Embutido en una gruesa chaqueta de paño, con el pañuelo encarnado sujeto al cuello por una sortija de metal y los grandísimos zapatones de becerro, que le impedían moverse; llevaba la alta vara de almendro en la mano, y el pañuelo de hierbas rodeado á la cabeza bajo el sombrero. Su cara no tenía ya jugos ni frescura; miles de surcos se entrecruzaban, para darle el aspecto de una cecina á medio secar.

Juanillo entró también; la figura gentil del muchacho en mangas de camisa, con su rostro moreno, al que hacía más pálido una secreta inquietud, era elegante y simpática. En la mirada que dirigió á Dolores, sentada cerca de su novio, se leía una muda queja.

¡Oh! ¡Si las mujeres se ganaran á puñetazos!

La noche transcurrió lánguida. Dolores se negó á ir al baile pretextando que no se hallaba bien; se la veía hacer un notable esfuerzo para responder á las preguntas que le dirigían, y Gaspar, cansado sin duda de sus respuestas incoherentes, entabló conversación con su futuro suegro acerca de los resultados de la cosecha y la abundancia de la mollienda.

Era un buen año; la tierra se había mostrado generosa y el molino prosperaba; todo el mundo le llevaba aquella temporada á moler trigo, y las maquilas abundantes permitirían mayor lujo y bienestar á su futura. Casi se atrevió á insinuar la conveniencia de apresurar la boda, lanzando sobre su prometida una mirada de acaricidora lascivia que quería hacer apasionada y cariñosa. Rechazó Dolores la insinuación, imponiéndole silencio con un gesto de repulsa, que él confundió con el agreste pudor campesino, y Juanillo no tardó en levantarse, tomar su manta y salir de la casa.

Languidecía la conversación. Frasquito, con su sencillez infantil y su anhelo de admirar, pedía al tío Manolo que contase his-

torias de tesoros y apariciones, que esta noche tenían el privilegio de interesar á Dolores. Poco á poco, la gente del cortijo, cansada de escuchar siempre las mismas narraciones, fué retirándose á sus puestos, y sólo quedaron en torno del apagado hogar Dolores y Frasquito, escuchando ansiosos las historias del viejo. Gaspar, embutido dentro de su enorme chaquetón, contemplando á su prometida, y Frasquita, que con el huso y el vellón de lana sobre la falda dormitaba dulcemente, balanceando la cabeza como un péndulo. Cuando un movimiento algo más brusco inclinaba su cuerpo, haciéndole despertar sobresaltada, abría los ojos demesuradamente, miraba á los circunstantes, los detenía sobre su hermana, mientras su mano, de un modo maquinal, volvía á estirar la hebra de lana y hacer girar el huso. Como si en su cerebro hubiesen cristalizado dos ideas, que vivían entre las sombras del sueño: el trabajo á que estaba sujeta y la incertidumbre por la suerte de la hermanita menor, á la que sirvió de madre.

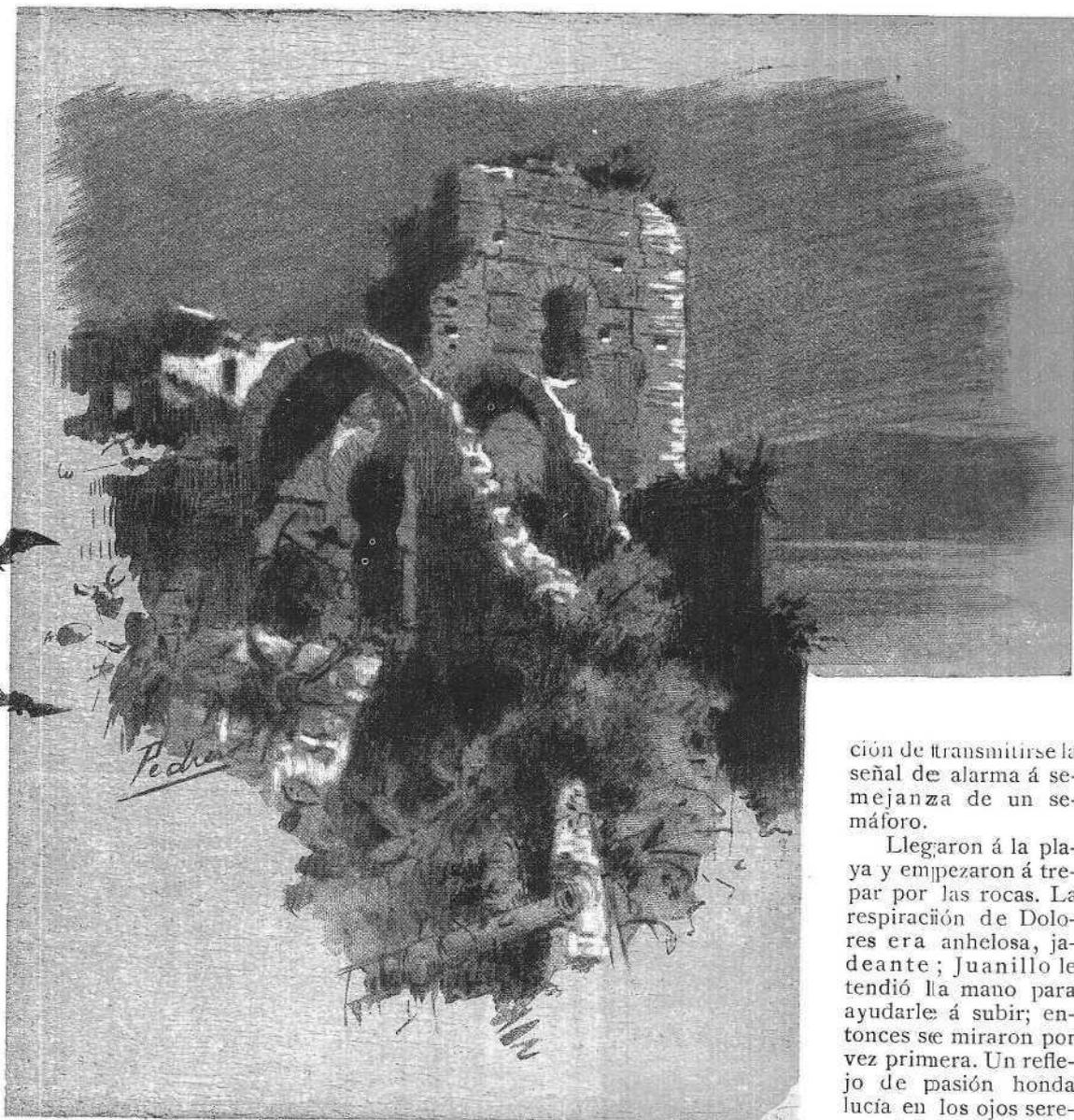
Se terminó temprano la velada, que Dolores veía transcurrir llena de mortal impaciencia. Ella misma ayudó á su hermana á sacar la manta y la almohada del padre y de Gaspar, que se quedaba con ellos aquella noche, y al despedirlos salió hasta fuera del emparrado para verlos marchar, como si temiera que se quedasen.

Entre tanto, Frasquita ponía en orden los objetos, y con el candil en la mano esperaba á Dolores para entrar en la habitación, donde ya la llamaba la voz de su marido. Cerró Dolores con fuerza el pesado portalón y esquivó la mirada de la hermana, dándole apresuradamente las buenas noches. Cuando se vió sola se dejó caer en su jergón, fijos los ojos en el abierto ventanillo. La luna empezaba á descender. Era la hora convenida. Se levantó recelosa y salió á la cocina; en la obscuridad de la nave le pareció ver moverse otra sombra y creyó escuchar una respiración contenida. Cerró los ojos para no ver las tinieblas, y se deslizó hacia la puerta. Palpando halló el pesado cerrado y pudo abrir el postigo del centro del gran portón y salir á la calle. La luna, que inundaba la plazaleta, le causó un nuevo temor. ¿Podrían verla? Siguió pegada al muro y bajó á los banales; casi arrastrándose de balate en balate salió al camino en el lindero de la finca.

Allí respiró con más libertad y se detuvo un momento anhelante, temblorosa, temiendo tanto á la soledad que la rodeaba como á la presencia de alguien que pudiera verla.

Durante





los minutos de su caminata, había temido á cada instante verse descubierta por alguno de los criados de la casa. . . por su mismo padre. . . por Gaspar quizás. . . y á esa idea sentía subirle el rubor á las mejillas y paralizársele el corazón. ¿Cómo podría explicar su extraña salida? Le era imposible decir la verdad en caso de apuro, porque en su sencilla fe creía que así comprometía la fortuna de Juan.

A pesar de esperarle, no pudo contener un movimiento de susto al ver á Juanillo salirle al encuentro, y pareció replegarse en sí misma. El muchacho se puso á su lado; no hablaron, no se miraron; silenciosos siguieron el camino. Llevaba él la piqueta al hombro. Fueron pasando cerca de las habitaciones, dejando atrás los caseríos, cruzando huertos y bancales en dirección á la playa.

A su aproximación ladraban los perros de los cortijos que cruzaban; otros respondían á lo lejos de mala gana, como si obedecieran á la obliga-

ción de transmitirse la señal de alarma á semejanza de un semáforo.

Llegaron á la playa y empezaron á trepar por las rocas. La respiración de Dolores era anhelosa, jadeante; Juanillo le tendió la mano para ayudarle á subir; entonces se miraron por vez primera. Un reflejo de pasión honda lucía en los ojos serenos, dulces y honrados del muchacho; en los

de ella había temblores de virgen, dominados con la fuerza de su carácter altivo.

Apoyada en él acabaron de subir la cuesta y penetraron bajo el arco de la puerta del derruido castillo; un muro espeso, enorme, como un pasadizo, se encontraron en el patio. Las zarzas y los jaramagos se enredaban en sus pies; las arcadas y las bóvedas ennegrecidas se agrandaban en la sombra; los rayos de la luna penetraban por los intersticios de las piedras y dibujaban en el suelo caprichosos contornos de arabescos y figuras; los lagartos y las salamanguetas, asustados por la proximidad de los animales humanos, se deslizaban entre los derrumbados sillares, fingiendo rastrear de sedas y armaduras con su piel de escamas. Las aves se revolvían inquietas en sus nidos, y una corneja sacó, graznando, la cabeza entre las piedras.

Parecía que existía aún allí el espíritu de los antiguos moradores, que se escuchaba el piafar de

los corceles y el chocar de las armas de los guerreros, ladrido de sabuesos y rechinar las cadenas del puente, como si hubiesen de recibir su visita.

Por un momento las jóvenes sufrieron la alucinación de la leyenda. Recordaron las historias que tantas veces escucharon contar. Aquel castillo había sido morada feudal; albergue de los más poderosos señores de la comarca; de los que sostenían mesnadas y disfrutaban los privilegios de horca y cuchillo, pernada, pendón y caldera. Su poderío no reconocía límites, y los señores del contorno les respetaban ó les temían; pero aquellos poderosos, dueños de extensos dominios, de vidas y de haciendas, eran desdichados al ver extinguirse su familia sin un vástago varón para perpetuar su nombre.

Compadecido el rey del dolor del anciano señor de Rodalquilar, le hizo conde de ese mismo título y le concedió el derecho de transmitir su nombre por la descendencia femenina á la posteridad.

Sin duda este sería un consuelo para el altivo señor cuando pereció, herido por los alfanjes de los infieles en la primera cruzada que la ciega fe de una nobleza aventurera y fanática realizó á tierra de Palestina.

Quedó sola la condesita, y á su alrededor se agruparon trovadores y caballeros deseosos de conquistar su corazón y su fortuna.

Los pretendientes eran tantos, que la elección se hacía difícil; adornada empero, de una prudencia y una virtud extraordinaria, la joven hubiera elegido bien á no disparar traicionero el niño amor sus dardos.

Amó la castellana con toda la fuerza de las almas donde cristalizan los rayos del sol meridional; con toda la pureza de los corazones ingenuos que viven en el seno de la Naturaleza; con toda la fe de los seres buenos, que ponen en ese sentimiento su existencia entera.

Y amó á un caballero advenedizo, noble y gallardo, que después de repetir ante sus rejas las estrofas ensayadas al pie de otros ventanales; luego de satisfacer su vanidad con el triunfo sobre cien rivales y de escuchar de los labios de carmín el arrullo de la codorniz enamorada, tendió el vuelo á otras regiones en busca de nuevos amores y de nuevas aventuras.

Inmensa fué la desesperación de la niña y grande su ansia de morir. Alguien le habló de una viejecita maestra en el arte de curar el mal de amores. La altiva castellana bajó de su castillo, llegó á la pobre choza y suplicó el remedio para recobrar el corazón del amado ingrato. ¡Qué poco valía la ciencia de la vieja! Sin duda estaba tan acostumbrada á las mentiras del amor, que no supo decirle la amarga verdad; tal vez temió descender el velo de la realidad ante la joven inocente, sabiendo que el amor es sólo fe, y que perdida ésta, la felicidad se hace imposible.

La mujer recomendó á la niña que buscara el secreto de su curación en los manuscritos de la biblioteca de sus antepasados. Y la niña se encerró en el vetusto salón, desenrolló pergaminos, hojeó volúmenes y, al fin, halló la historia de una castellana enamorada que recobró el amor de un amado ingrato cuando abrió sus venas para darle de beber la gota de sangre blanca de su corazón.

Desde entonces, ella llenaba todos los días la copa de oro con su sangre y la arrojaba por la ventana al verla roja y espumante siempre, y donde tiraba la sangre brotaban rosas de grana, y la pobre condesita, pálida, pálida y débil, pasaba las horas mirando desde su ventana á lo largo del camino por donde había de llegar el caballero.

Murió una tarde de primavera al apagarse el último rayo de sol tras de los montes. Murió cuando ya su sangre era color de ópalo y los rosales daban rosas de té.

Aun estaba tendida en su ataúd, envuelta en sus velos blancos, cuando volvió el caballero, y el imposible encendió, para castigarlo, la llama del amor de nuevo en su pecho.

La enterraron en el gótico sepulcro de la ya arruinada capilla, y sobre su tumba plantaron los rosales. Allí iba el caballero todas las noches á llorar y entonar sentidas oraciones, que se mezclaban á las trovas de amor. Un día le encontraron muerto. ¡Sobre el sepulcro había brotado una rosa blanca!

El tiempo pasó; cayó el poder feudal, y los árabes primero y los cristianos después fueron dueños de la fortaleza entre las vicisitudes de épocas azarosas.

Pero de unos á otros se conservó siempre la tradición; aun contaban muchos de los que se habían acercado de noche al derruido castillo, que escucharon el eco de las trovas apasionadas del caballero y los dulces suspiros de la enamorada doncella. Hasta no faltaba quien asegurase haber contemplado las dos sombras enlazadas, contándose sus amores en las noches de luna, en el cielo de una pasión eterna que trueca en delicias el castigo del infierno.

Por un momento los jóvenes se estrecharon uno contra otro; tenían miedo de escuchar su voz en aquel silencio solemne; se apresuraron á cruzar el patio y salieron á la plataforma.

La luz les tranquilizó algo. El cielo lucía como un espléndido manto azul bordado en plata, y las estrellas y los luceros se reflejaban en la sábana de un mar de acero, donde rielaban en haces de luz los rayos de la luna, que se deshacían en lluvia de brillantes; un semicírculo de montañas pizarrosas cerraba el horizonte, recortando en el azul sus picos desiguales, y el pequeño valle aparecía risueño, como un búcaro de flores, con sus casitas blancas, las bolas color rosa de los cerezos y granados en flor, los matices del verde oscuro del campo, bañado en esa media luz que hace los contornos más vagos y las líneas más dulces.

Y destacándose sobre todo las palmeras, eternas bebedoras de luz, se alzaban con sus troncos rectos y su majestuoso penacho de verdura, como si suspirasen por la patria lejana.

Era el encanto de la línea triunfando de la luz y el color; las formas bellas; los contornos que se esfuman en un dulce claroscuro.

Bañaba la luz los primeros términos, los objetos cercanos; podía apreciarse en ellos el color, y velábase á lo lejos de un modo gradual, para ceñir con un cinturón de sombra el valle, coronado por la aureola del cielo limpio, donde se dibujaba la desigualdad de la montaña.

Se escuchaba *el ruido misterioso, que es el silencio* de los campos: la música indefinible, la vaga

armonía, el himno fecundante de la naturaleza en su lenta y continua renovación.

Anhelantes, con las manos juntas, parecían escuchar y comprender aquella estrofa de poesía sublime, que pueden descifrar las almas enamoradas en un ambiente dulce y vago; esa estrofa que la creación modula en el crecer de los tallos de las plantas, en el germinar de las semillas, en el estallido de la flor que rompe su botón, de las hojas que caen, de la corola que se pliega y de la savia que circula.

A lo lejos un barco de vapor tendía su cabellera de humo y se encabritaba como un potro al sentir en su vientre el espolazo de las olas. La mirada de los dos jóvenes se abismó en el mar. Venían las olas, enseñando la oscuridad del fondo con su suave balanceo, á morir dulcemente en una orla de nácar sobre la rubia arena de la playa. En su susurro había algo de amenaza, en su humildad mucho de altivez, en su beso un acento de rebeldía. Dulces y buenas en aquel momento, no tardarían en levantarse, bravías, con toda su eterna pujanza destructora, para azotar las rocas.

Le miraron con ese supersticioso temor que inspira adivinar un abismo en el fondo del objeto que nos recrea; presentir la amenaza hipócrita bajo la limpidez del cristal. Contemplaban las ondas sin comprender que el mar no es más que el alma de la Naturaleza y copia las dulzuras, las perfidias y las tempestades del alma de la Humanidad.

Venía allí cerca á desaguarse un río, con el susurro manso del cauce debilitado en la sangría que alimentaba la vega; á sus márgenes se balanceaban los cañaverales y los juncos, produciendo con el rumor de sus hojas un canto ó conversación extraña, como si en los nudos de sus tallos rectos anidase un mundo invisible de silfos, enanitos y gnomos que se contaban sus historias y sus amores.

Los cañones, caídos al pie de la vieja fortaleza, daban una nota triste y sombría al paisaje; el edificio estaba envuelto en el sudario gris de una grandeza pasada, silencioso y altivo, como fantasma de la tiranía vencida. ¡Cuántas historias podrían contar aquellos muros!

Bajaron los jóvenes la escalerilla que había de conducirlos al enterramiento; las piedras movidas caían bajo sus pies, obligándolos á estrecharse el uno contra el otro. Faltaba un pedazo de techumbre á la antigua capilla, y por él la luna, como lámpara monumental, alumbraba

el altar vacío. Había olor de moho, de humedad.

Sin duda en aquel recinto estuvo la mezquita mahometana; la sombría cruz se había impreso sobre la riente media luna, más tarde; y ahora, de todas aquellas inútiles religiones, no quedaba allí más vestigio que unas cuantas tumbas de piadosos señores, cuyos nombres se habían perdido en el tiempo, azulejos caídos, losas cubiertas de maleza, hornacinas y altares sin ídolos, y sillones de-

rrumbados, entre los cuales la humedad hacía brotar una cabellera de musgo verde y pegajoso, semejante á las ovas del mar.

La losa del sueño estaba allí: era la misma de la tradición, donde brotó la rosa blanca del amor purísimo á una enamorada muerta. Un estremecimiento de frío pasó á lo largo de la espalda de los dos jóvenes. Era preciso empezar; él se quitó la chaqueta y cogió el pico, lo alzó por cima de su cabeza; el golpe resonó en la soledad y el silencio de un modo lúgubre, como si se quisiera desenterrar toda una época hundida en el polvo de los siglos.

Después del primer golpe siguió otro... y otro... y otro... Juanillo cavaba con ardor, con deseo de remover pronto la losa, como si el miedo y la esperanza dieran nuevas fuerzas á su brazo.

Y cavó, cavó un cuarto de hora... media hora... una... Dolores, anhelante, le miraba cubierto de sudor, cansado, rendido, próximo á desfallecer por el esfuerzo supremo de aquellos golpes enérgicos, vigorosos, vertiginosos, que se multiplicaban

y se sucedían cada vez con mayor velocidad.

Se detuvo un instante á tomar aliento; ella, piadosa, le limpió con su pañuelo el sudor de la frente. Volvió á resonar el eco del pico en las arruinadas bóvedas y á repercutir entre el eco de las montañas.

Se sintieron de nuevo invadidos de súbito terror, y Dolores se acercó á él suplicando medrosa:

— Juan, vámonos.

— Espera — repuso él —; es la felicidad de toda nuestra vida la que debo conquistar. No hagas que desfallezca mi valor. Un esfuerzo, un esfuerzo más... Por tí.

Apartóse la joven, tranquilizada por las dulces palabras de su amador, y volvió Juanillo á descargar sus golpes vigorosos sobre la tierra que cerraba la sepultura.

¡Al fin se movía la losa! Juan renovó sus esfuerzos... un momento más... ¡Ya estaba arrancada!



Arrojó el pico; Dolores y él apartaron, ansiosos, los cascotes y la tierra con las manos, y pudieron separar la enorme piedra.

La luna se había ocultado; sus ojos les fingían visiones de joyas y brillantes. Quedó el hueco en descubierto; la mirada de ambos se hundió en la negra hendidura. . . Registraron, ansiosos, con las manos. ¡Nada!

¡Estaba vacío! . . .

Entonces se miraron un momento, y su voz resonó triste y con extraño eco: «¡Nadal!»

¿Se habría convertido su tesoro en ceniza? ¿Los habría oído alguien? Temblando se comunicaron la observación, y otra vez, como la noche anterior, creyeron oír pasos á sus espaldas; y otra vez se volvieron asustados, y otra vez murmuraron:

— ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nada!

Todo había concluido.

Salieron.

Se había ocultado la luna; las sombras se retiraban hacia el Oeste; por Oriente asomaba la claridad de la aurora, apagando con su luz rosada el brillo de los astros. Parecía que, al despertar la Naturaleza, levantaba uno de los extremos de su túnica azul y sacudía hacia el otro el polvo de oro de los mundos.

Empezaba la vida en el campo; la claridad avanzaba por momentos; las barquillas de pesca se dibujaban claras en el horizonte, con sus velas blancas, semejantes á grandes gaviotas. Los reptiles se habían ocultado ya en sus agujeros de las piedras, y los pájaros despezaban ruidosamente las alas para tender el vuelo y entonar sus gorjeos matutinos.

Subieron la ruinosa escalerilla: ella delante con los brazos caídos y el pañuelo en la mano; detrás él, con el pico y la chaqueta al hombro; cruzaron la plataforma sin detenerse, atravesaron el patio y entraron bajo el muro de la puerta. Salían del reino de su ensueño. Les agitó el mismo pensamiento, y ambos se acercaron, se miraron con amargura y murmuraron casi al mismo tiempo:

— ¡Nadal!

— ¡Nadal!

Ella sonrió con dulzura, y dijo poniendo mieles en la voz:

— ¡Paciential!

— Tú podrás tenerla — contestó él con energía —; yo no. Tú has perdido la esperanza de ser rica; yo he perdido la felicidad. ¡Eras el tesoro único que buscaba!

Había amargura y dolor en su acento, y en sus ojos honrados y dulces brillaba el rocío de una lágrima. Se acercó ella piadosa, le cogió las manos é inclinó tristemente la cabeza; la brisa del

mar les envió una bocanada de perfume, y los revueltos cabellos de la muchacha acariciaron el rostro del joven. Inclinada la cabeza, pensativa y triste, su perfil tentó la línea pura y mística de una Niobe; los ojos, casi cerrados, quedaban envueltos en las sombras de las pestañas; se plegaban los labios dolorosamente, y el cuello, arqueado, parecía pálido y blanco como de una estatua alabastrina.

Juan se inclinó; sus labios buscaron aquel cuello y depositó un beso de fuego en el gracioso hoyuelo que formaba el nacimiento de la sonrosada orejita. Se estremeció Dolores, alzó airada la cabeza; la luz del día y la luz de los ojos de Juan le hicieron cerrar los párpados; un beso acariciante, dulce, largo, cayó sobre los labios entreabiertos como una rosa de pasión, y esta vez no hubo protesta; su cabeza se dobló semejante á un lirio en su tallo; dos bocas ansiosas se juntaron, se enlazaron los brazos amantes, la visión del mundo huyó de su vista para volver á sumergirse en las armonías del infinito; el primer rayo de sol rasgó

las nubes como si viniera á saludar el triunfo de la naturaleza y de la carne. . .

¡Habían encontrado su tesoro!

Semejante á redoble de tambores y trompetas apocalípticas, resonó cerca de los dos enamo-

rados una risita seca y socarrona. La voz cascada del tío Pedro murmuraba con acento entre burión y airado:

— ¡No te decía yo de qué tesoro se trataba!

Detrás del viejo, grave, triste, severa y digna, se veía la figura del tío Manolo.

Ocultó Dolores la enrojecida carita entre el delantal y la espalda de Juanillo, que de un modo instintivo se aprestaba á defenderla.

— Yo lo oí todo y yo conozco el mundo — repitió embriagado en el triunfo de su malicia el viejo.

— Padre, perdón — murmuró ella.

— Tío Manuel, mi intención era buena. . . ¡pero la quiero tanto! . . . Usted también habrá sido joven. . . — balbuceó el muchacho.

— Sé todo lo que ha pasado; os seguí desde que salisteis de casa — repuso el padre con calma.

— Entonces ¿á qué decirle á usted más? . . . ¡Mi intención era buena! . . . Yo quiero á Dolores, ella me quiere á mí; . . . si hubiéramos hallado el tesoro, no se casaría con Gaspar.

Un sollozo le cortó la palabra y otro sollozo salió de la garganta de la muchacha.

— ¿Es verdad eso? ¿Os queréis? — preguntó el padre, bondadoso.

— Con toda mi alma, tío Manuel.

— ¿Y tú, Dolores?

— Yo. . . yo. . . también le quiero, padre.



— Pues entonces, hijos míos, ¿qué más tesoro queréis buscar para ser dichosos?

— ¡Pero tú no piensas en Gaspar!... — empezó á decir Pedro, opuesto siempre á la dicha ajena.

— Yo me encargaré de despedirlo... — cortó gozoso el padre.

— ¿Y me la dará usted á mí? ¡A mí! ¡A un criado de su casa! ¡A un pobre como yo!... — exclamó Juan, anonadado por su inesperada felicidad.

— Sí, te la daré; porque la quieres, porque eres honrado y leal, porque eres joven y sabrás hacerla dichosa.

Y mientras los dos muchachos cambiaban una mirada de promesas, de esperanzas y de suprema felicidad, el padre terminó diciendo:

— Basta; es tarde y hay que trabajar hoy mucho. Echar delante, buenas piezas...; y tú, Pedro, mucho cuidado con lo que se habla: que no se entere nadie del tesoro que se han encontrado estos en el castillo.

Carmen de Burgos Segura
(*Colombine*)



FIN

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

¡POR MALAS!

Novela, por F. SERRANO DE LA PEDROSA

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º Desencanto (novela), por Jacinto Octavio Picón.
- 2.º La sonrisa de Gioconda (bocetos de comedia), por Jacinto Benavente.
- 3.º Aventura (novela), de G. Martínez Sierra.
- 4.º La cita (novela), por Eduardo Zamacois.
- 5.º La guitarra (drama en tres actos, y en prosa), por Salvador Rueda.
- 6.º La maldita culpa (novela), por Antonio Zozaya.
- 7.º Cada uno... (novela), por Emilia Pardo Bazán.
- 8.º Una letra de cambio (novela), por Joaquín Dicenta.
- 9.º Reveladoras (novela), por Felipe Trigo.
- 10.º El alma viajera (novela), por José Francés.
- 11.º La caravana (novela), por Eduardo Marquina.
- 12.º La soledad del campo (novela), por Juan Pérez Zúñiga.
- 13.º Del Rastro á Maravillas (novela), por Pedro de Répide.
- 14.º Quillerno el apasionado (novela), por Manuel Bueno.
- 15.º La espuma del champagne (comedia en un acto), por M. Linares Rivas.
- 16.º Ni amor ni arte (novela), por Pedro Mata.
- 17.º Un sueño (novela), por Amado Nervo.
- 18.º Historia de una reina (novela), por Alejandro Sawa.
- 19.º El milagro de las rosas (novela), por Francisco Villaespesa.
- 20.º La madrecita (novela), por S. y J. Álvarez Quintero.
- 21.º El fin de una leyenda (novela), por Sten-sio Delgado.
- 22.º De corazón en corazón (novela), por E. Ramírez-Angel.
- 23.º La conquista del jándalo (novela), por Alejandro Larrubiera.
- 24.º Las Tres Reinas (novela), por Mauricio López-Roberts.

Obras de Carmen de Burgos Seguí

Ensayos literarios. - Notas del alma (cantares). - Moderno tratado de labores, declarada de mérito y utilidad para la enseñanza por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. - La protección y la higiene de los niños, declarada de mérito y utilidad por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. El divorcio en España. - Alucinación (novelas cortas). - Por Europa (cuadros de viaje).

TRADUCCIONES

Loca por razón de Estado. Memorias del conde de Mattachichi. (Traducción y prólogo). Los evangelios y la segunda generación cristiana, por Ernesto Renán. - La guerra ruso-japonesa, por León Tolstoy. - La inferioridad mental de la mujer, por P. J. Moebius. (Traducción y prólogo). - Dafnis y Cloe, por Longo. (Traducción y prólogo). - Sorda, muda y ciega, por Helen Keller. - La Iglesia cristiana, por Ernesto Renán. - Diez y seis años en Siberia, por León Deutsch. - En el mundo de las mujeres, por Roberto Bracco. - Muecas humanas (prólogo), por Roberto Bracco.

CORSES DE NOVIA

LA HURI



CASA DE MODA

VEÁNSE MODELOS
Almirante, 15, Madrid.

Carlos Coppel
FÁBRICA DE RELOJES
Fuencarral, 27.
CATÁLOGO GRATIS

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto
ALVAREZ GOMEZ - Calle de Petigros, núm. 1 duplicado

Perfume **CARE-WALK** Ray-Ram EL MÁS NUEVO
Y PERMANENTE
PÍDASE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

TÓNICO MUSCULAR **FORMIATO GRANULADO BELLOT**
Hortaleza 17, Farmacia

Café superior en grano (TUESTE DIARIO)
5 pesetas kilo
MANUEL ORTIZ - PRECIADOS 4.

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ - MONTERA, 22.

FÁBRICA DE CORBATAS

CHMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

GARCÍA MOYA SASTRE
BARQUILLO 8 PARTICIPA
HABER RECIBIDO LOS GÉNEROS INGLESES Y DEL PAIS

CARAMELOS DE AGRAZ ESPECIALES ROLDAN
DE LA CASA
35 CALLE DE CARRETAS 35

Guardamuebles público Construido expresamente
EL MEJOR, MÁS ECONÓMICO Y MÁS CÉNTRICO
GUARDAMUEBLES: OLIVAR 15 TELÉFONO 1946
CASA CENTRAL: PLAZA DEL ANGEL 6

AGUSTÍN G. POVES Bisutería, perfumería,
corbatas, guantes y artículos de fantasía - Jabón POVES
especialidad de la Casa
UNA PESETA CAJA - PRECIADOS 24 DFLDO.

Consultorio Grafológico GRACHTNER

Véase el núm. 3.º de nuestra Revista

Respuestas

Arte y amor. — Carácter firme y justo, pero algo egoísta; voluntad pacienzuda y terca por momentos; temperamento sanguíneo y sensual; gran generosidad; espíritu de contradicción; naturaleza bastante interesada; ninguna expansión y mucha prudencia; conciencia recta y juicio seguro; inteligencia muy despierta; buen gusto; salud bien equilibrada; espíritu seductor.

Romana. — Carácter resuelto; personalidad rígida; educación moral seria; prodigalidad; cultura; mucha intuición; prudencia adquirida y sinceridad nativa; conciencia más bien estrecha, con accesos de escrúpulos; perfecto equilibrio en las facultades; gran satisfacción de sí misma; voluntad terca; temperamento vigoroso. Adiós paz doméstica si la pasión de los celos, a la que es usted propensa en extremo, se apodera de usted.

Un sexitano. — Inteligencia cultivada; espíritu fino; gran habilidad; sensibilidad exagerada; generosidad que sabe contar; voluntad propensa a los arrebatos; espíritu crítico; cierta expansión no desprovista de prudencia, con los extraños sobre todo; combatividad; carácter bastante rencoroso; naturaleza agitada; sensualidad; vanidad; conciencia justa e indulgente; carácter bueno y alegre.

S. A. 2. G. — Sensibilidad apasionada; inteligencia clara y bastante cultivada; espíritu lógico; imaginación muy viva; voluntad débil, con accesos de impaciencia; orgullo; actividad precipitada; impresionalidad excesiva; nervosidad; no descubro en su letra esos rasgos precisos que indican una verdadera disposición para cierta rama de las industrias ó artes con exclusión de las demás. Me permito darle un consejo, y es: que mientras usted no combata conscientemente su impresionabilidad excesiva, y no ponga un freno á su imaginación desbordante, en cualquier carrera que emprenda usted encontrará obstáculos que exacerbarán su nervosidad. Animo, pues, y á luchar contra su naturaleza, demasiado ardiente y rebelde.

Carlos Bueno. — Voluntad despótica; espíritu acaparador; gustos refinados; deseo de imponerse y producir efecto; imaginación graciosa; naturaleza sensitiva y voluntariosa; carácter alegre; gran inteligencia y cultura; temperamento muy sensual.

Judith. — Inteligencia privilegiada; cultura; gran actividad; voluntad débil; desconfianza; orgullo que á veces entorpece la seguridad del juicio; generosidad bien entendida; buen gusto para las artes; disposiciones para los quehaceres domésticos; conciencia bien equilibrada; deseo de adquirir.

Julián Llaganet. — Gustos delicados; minuciosidad; predisposición á la miopía; naturaleza excesivamente buena y sensible,

que procura esconderse bajo la careta de la impasibilidad; debe usted haber sufrido en su vida alguna grande y terrible decepción; inteligencia clara; lealtad y franqueza; voluntad impaciente que, sin embargo, se contiene; gran modestia intelectual; afición por la buena comida.

Un amador. — Posesión de sí; gran cultura; mezcla de orgullo personal y modestia intelectual; voluntad seguida; lealtad; temperamento material; disposición á la economía; excelente gusto artístico; prudencia; originalidad; espíritu combativo y constantemente en defensa; equilibrio perfecto en las facultades; tiene usted cualidades envidiables, con las cuales triunfará usted en la vida.

A. G., Barcelona. — Carácter muy expansivo; voluntad tenaz; mucha vanidad; egoísmo no desprovisto de generosidad; usted da cuando le sobra; formalismo; naturaleza franca y alegre; imaginación muy despierta; actividad moderada; conciencia más bien estrecha, pero sin escrúpulo; espíritu combativo; aficiones organizadoras; manifiesta deseos de saber el estado presente de su salud; su letra denota un temperamento que, sin ser muy vigoroso, está bien equilibrado.

Cejamón. — Carácter nada expansivo; naturaleza apasionada y bastante egotista; fatuidad; actividad física; voluntad seguida, pero poco enérgica; desorden; amor al confort; cansancio físico; temperamento sanguíneo y bilioso; amor al dinero; economía en la generosidad.

H. J. Z. — Generosidad excesiva; sinceridad; coquetería; buena memoria; voluntad pacienzuda, pero propensa á arrebatos; sensibilidad que se domina; despotismo doméstico; temperamento muy sensual; carácter amable y seductor; culto del recuerdo; buen gusto y habilidad manual.

Pelegrino. — Imaginación muy desarrollada; inteligencia cultivada; sensibilidad exquisita; carácter muy rencoroso; espíritu fino y armonioso; gustos refinados; aptitudes organizadoras; disposición á la envidia; sinceridad; voluntad dulce; naturaleza etérea que hieren las vulgaridades de la vida; usted ha sufrido y sufrirá siempre, en vista de su sensibilidad exagerada, que nunca se someterá á las leyes de la razón.

S., Calatayud. — Sensibilidad bien regulada; gran equilibrio en las facultades; temperamento sanguíneo; buen estado de salud; inteligencia muy viva; lógica extraordinaria; habilidad manual; amabilidad en el trato social; falta completa de expansión; conciencia recta; orden; amor á la buena comida; voluntad bastante constante y enérgica.

Nota bene. — Suplico á mis apreciables consultantes que no se impacienten. He recibido más de dos mil cartas, y aún no he acabado de confestar á los que me escribieron en Enero. Contando de antemano con la galantería de mis lectores, voy á permitir-me alterar alguna vez el orden de prelación establecido, satisfaciendo así, en su obsequio, el deseo de las discretísimas damas que me honran con sus cartas. — **Doctor Grachtner.**



Pianos
A. BORD
Venta á plazos
A pagar en 30 meses
PEDID CATÁLOGOS
J. HAZEN
Fuencarral 55, MADRID

VENTILADORES ELÉCTRICOS

desde 25 pesetas

No comprar sin ver los que vende **JOSÉ ORUETA**

NÚÑEZ DE ARCE 7 y 9 (ANTES GORGUERA)

FARMACIA TARIFA MILITAR. - SAN BERNARDO,
NUM. 57, TELEFONO 140, MADRID

COMPRAD EN LA LIQUIDACIÓN DE LA CASA
DE LAS BANDERAS

Tudescos 5, prales. — Entrada libre.

MESA - ALMACÉN DE COCHES Y AUTOMÓVILES
GARAGE Y TALLER DE REPARACIONES

Representante exclusivo para España y Portugal de la Sociedad «Diatto A. Clement», de Turin.

ALFONSO X, NÚMERO 5

BALNEARIO DE CESTONA

Temporada oficial: de 15 de Junio á 15 de Septiembre.

Lujosas y espaciosas habitaciones. Restaurant, mesa redonda, luz eléctrica, sala de fiestas, etc.

Para más informes dirigirse al Director-gerente de la Compañía Anónima Aguas y Balneario de Cestona (Gulpúzcoa).

Botellas de á litro en las farmacias.
Únicas para las enfermedades del hígado, bazo, riñones, etc.

CASA ROLDAN ROPA BLANCA CAMISERÍA

Equipos para novia * Canastillas * Blusas para señora

Los artículos de esta casa se distinguen notablemente por su esmerada confección y sus precios económicos, á la vez de estar las prendas confeccionadas con riquísimas telas. Estas sobresalientes condiciones y el disponer del más extenso surtido en todas clases y precios, justifica la gran fama alcanzada por los artículos de esta acreditada casa.

FUENCARRAL, NÚM. 85 - PRECIO FIJO - FUENCARRAL, NÚM. 85

Librería de FERNANDO FÉ

CARRERA DE SAN JERONIMO 2

Apart. de Correos núm. 33

MADRID

Teléfono núm. 981

Extracto del Catálogo:

	Pesetas		Pesetas
Aias (Leopoldo). La Regenta, novela (nueva edición); dos volúmenes en 8.º	8	Llanas Aguilaniedo (J. M.). Pityusa (novela); en 8.º	3
Balart (Federico). Dolores, poesías, edición de lujo; en 4.º	7	Malot (Héctor). Sin familia, versión española de Alfredo García López; ilustraciones de Emilio Bayard; dos vols. en 8.º mayor.	7
Baudelaire (Carlos). Las Flores del Mal. (Splén é Idéal. Cuadros de la Ciudad, en París. El vino. Rebelión. La muerte), poesías precedidas de una noticia biográfica por Teófilo Gautier, traducidas en verso castellano por Eduardo Marquina; en 8.º	3,50	Maupassant (Guy de). Pedro y Juan (novela), versión española de Carlos Frontaura; en 8.º, con cubierta en cromotipia	3,50
Becquer (Gustavo Adolfo). Obras en prosa y verso, quinta edición, aumentada y corregida; tres volúmenes en 8.º, con retrato del autor.	10,50	Montoto (Luis). Un paquete de cartas, de modismos, locuciones, frases hechas, frases proverbiales y frases familiares; en 8.º mayor.	7
Bourget (Paul). Andrés Cornelis, novela; versión castellana de Carlos de Ochoa; en 8.º, con retrato del autor y cubierta en cromotipia	3,50	Núñez de Arce (Gaspar). Gritos del combate, poesías, undécima edición, aumentada con un prólogo de D. José Echegaray y un discurso sobre la poesía contemporánea; en 8.º, con retrato del autor	4
Campoamor (Ramón de). Los pequeños poemas; dos volúmenes, en 8.º	4	Palacio (Manuel del). Melodías íntimas, sonetos y canciones; en 8.º	4
— Cantares; en 12.º, lujosamente impreso á dos tintas, con retrato y facsimil del autor	1	— Veladas de otoño (leyendas y poemas); ídem.	4
Cánovas del Castillo (Antonio). La campana de Huesca; novela, en 8.º	5	— Huelgas diplomáticas (versos escritos en Montevideo); ídem	3
Castro y Serrano (José de). Cartas transcendentales, escritas á un amigo de confianza; en 4.º	5	Pardo Bazán (Emilia). Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina (novela); en 8.º	3,50
— Historias vulgares; dos vols. en 4.º	10	— El cisne de Vilamorta (ídem); ídem	3,50
Ciges Aparicio (M.). El vicario, novela; en 8.º	3	Pérez y González (Felipe). Pompas de jabón, cuentos, chascarrillos, anécdotas, sucedidos, escritos en verso, prólogo de Miguel de Cervantes Saavedra, en colaboración involuntaria con el autor, dibujos de Angel Pons; en 8.º	4
Coppée (Francisco). Enriqueta, versión castellana de C. Frontaura; en 8.º	3	— Fuegos artificiales, versos y artículos amenizados con un prólogo-mazurca para canto y piano, letra y música del popular maestro D. Federico Chueca; en 8.º, ilustrado con fotograbados.	4
Danvila (Alfonso). Cuentos de infantas; en 8.º	3,50	Picón (Jacinto Octavio). Lázaro, casi novela; en 8.º	3
— Estudios españoles del siglo XVIII: Luisa Isabel de Orleans y Luis I; en 8.º, con láminas	3,50	— Juan Vulgar; ídem	3
Dario (Rubén). Opiniones; en 8.º	3,50	Queiroz (Eça de). La ilustre casa de Ramírez (novela), traducción de Pedro González-Blanco; en 8.º, con retrato del autor	3,50
— Parisiana; en 8.º	3,50	Rodríguez Correa (Ramón). Agua pasada... (Prólogo. Post Mortem. Carta de D. Miguel de los Santos Alvarez. ¿Estaba loco? El diamante artificial. Un hombre... corrido. El premio gordo. Rosas y perros. El suicidio. Cuarteto carnívoro amoroso. Pensamientos); en 8.º	4
Daudet (Alfonso). Safo, costumbres de París; traducción de Eduardo López Bago, prólogo de Eugenio de Olavarría y Huarte; en 8.º	3,50	Romancero español . Colección de romances históricos y tradicionales, escritos por los Sres. Bocherini, Cabiedes, Clark, Larraza, Castillo y Soriano, Muñoz y Ruiz, Navarro y Gonzalvo, Ossorio y Bernard, Vera y otros; en 8.º	5
— Rosa y Ninita, costumbres modernas; versión castellana de E. de C.; ídem	3,50	Sellés (Eugenio). Narraciones (novelas y cuentos); en 8.º	3
García y Tassara (Gabriel). Poesías, coleccionadas por el autor, segunda edición; en 4.º	7,50	Unamuno (Miguel de). Paz en la guerra (novela), en 4.º	4
Gómez Carrillo (E.). El modernismo; en 8.º, con retrato del autor	3,50	— Poesías; en 8.º	3
Hugo (Victor). Los Miserables, traducción de D. Nemesio Fernández Cuesta, Tercera edición, ilustrada con magníficos grabados; cinco volúmenes en 4.º	25	Valera (Juan). Juanita la Larga (novela), tercera edición, con ilustraciones de Alcalá Galiano; en 8.º mayor	6
— Noventa y tres, novela histórica original, traducción del mismo, tercera edición; tres volúmenes en 8.º	9	— Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, con introducción y notas biográficas y críticas; cinco vols. en 8.º	15
López Silva (José). Mirajías. Colección de diálogos en verso, con un prólogo de Sinesio Delgado; segunda edición, corregida y aumentada; en 8.º	3	Zapata (Marcos). Poesías, con prólogo del Dr. S. Ramón y Cajal y retrato del autor; ídem	3
— Los barrios bajos. Colección de composiciones en verso, con un prólogo de Ricardo de la Vega y epílogo de Peña y Goñi, séptima edición; ídem	3	Zorrilla (José). Gnomos y mujeres, (poesías); en 8.º	4
— Los Madriles. Colección de composiciones en verso, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón, cuarta edición; ídem	3,50	— Granada, poema oriental precedido de la Leyenda de Al-Hamar, nueva edición; dos vols. en 8.º mayor	8
— Chulaperías. Colección de diálogos en verso, prólogo de D. Mariano de Cavia, epílogo de don Joaquín Dicenta, con ilustraciones de Plá y de Huertas, tercera edición; ídem	3,50		
— Gente de tufos, con prólogo de D. Vicente Blasco Ibáñez e ilustraciones de Huertas, Sileno, Sancha, Bermejo y otros; ídem	3,50		

Esta casa se encarga de cualquier comisión relacionada con el ramo de librería

Sucursal en Sevilla: Librería de Juan Antonio Fé

SIERPES 89

Imprenta Artística de José Blass y Cía.
Calle de San Mateo, núm. 1 - Madrid